

NEUH
AUTOEDICIÓN



Atlas de
ornitología
fantástica

Atlas de ornitología **fantástica**



Realizado por
Área de proyectos de NEUH ©2023

Diseño y maquetación: Mireia de No Honrubia
Coordinación: Hilda Jazmín
Supervisión: Paula Yagüez, L.G. Morgan
Portadista: Paula Edith

Autores: Cano, Albert Sarlé, Josema Beza, Mireia de No Honrubia, Héctor Nollega, Carlos Correia, L. G. Morgan, Paula Yagüez, Fran Valle Brozas, Hugo Torres, Hilda Jazmín, Pedro de Matos, Paula Edith, César López Eireos, Kaliparvati, Javier Blancas, Pablo Rodríguez, Juan Sánchez, Carmen Lunnely, Juan Álvarez, Esther Gar., Soturisi, Faye, Daniela.

Más información en: neuh.es
Twitter: [@NoEsUnHobby](https://twitter.com/NoEsUnHobby)
Instagram: [@noesunhobby](https://www.instagram.com/noesunhobby)
Facebook: facebook.com/noesunhobby

Puedes ayudarnos a sacar adelante más proyectos:
ko-fi.com/noesunhobby

Imprime: Estugraf

El Atlas de ornitología fantástica es una obra de ficción realizada y autoeditada por NEUH, queda prohibida su copia de manera total o parcial.

Índice

Alicanto	9
Bennu egipcio	21
Dtundtuncan	31
Esfinge.....	41
Fenghuang.....	53
Grifo	63
Hipogrifo.....	69
Hraesvelgr	79
Huma	85
Pecu.....	95
Rokh	101
Sirena griega.....	107
Suzaku	115
Ave trueno	125
Lammasu	135



Ilustración Manutara por Albert Sarlé

Prólogo

Los pájaros forman parte activa de mi vida. Puede sonar cursi o rimbombante pero es así. En mi familia nos pasamos gran parte del tiempo hablando sobre ellos. Acerca de los que vemos, los que hemos visto o los que vamos a ver. Soy daltónico y llevo gafas, así que los colores y ver pájaros de manera precisa no se me da muy bien. Pero sí disfruto con el correteo de los mirlos, el vuelo sincronizado de los estorninos o descubriendo nidos de aviones (*Delichon urbicum*) en las fachadas... por eso cuando en NEUH se propuso hacer un atlas de ornitología me pareció una idea genial. En la vida cuanta más pluma y salero, mejor. Ya sabéis.

En principio, quería hacer un relato sobre una ilustración de Cano. A Cano es alguien al que admiro mucho. Es un tipo con bigote, silencioso y del corazón del tamaño del sol (que tiene casi 700.000 kilómetros de radio). Juega al rol y también le gustan los pájaros, cosa de la que no hemos hablado nunca, por cierto. También hace unas acuarelas preciosas, muchas de ellas protagonizadas por passeriformes (el mejor orden de aves del mundo) y otras aves menos carismáticas. En esta ocasión, y ciñéndose al tema de la antología «ornitología fantástica», su imagen, en impoluto blanco y negro, representa a unas harpías juguetonas haciendo gamberradas a un señor. El diseño de las harpías, el detalle de sus plumas, el dinamismo de la ilustración... y la cara de resignación del pobre hombre es uno de los mejores trabajos que he visto de Cano (y he visto muchos de sus trabajos).

Entre pitos y flautas, no hice su relato, cosas de la vida, que te pone pruebas. Por si sirve, la idea iba sobre unas harpías que hacían travesuras porque tenían que hacerlas, no porque fueran malas sino porque era parte de su forma de vida, como puede ser el comer carroña para los buitres. Era una idea, vaya.

El resto del atlas de ornitología está lleno de relatos e ilustraciones geniales, cada una con un estilo y una pluma diferente. Merece la pena detenerse en sus detalles. Son una muestra de lo que hace el colectivo NEUH y son también una maravillosa reivindicación de la autopublicación en el siglo XXI. Si este es vuestro primer contacto con NEUH debéis saber que es un sitio de gente voluntariosa y llena de inquietudes que se desvive por reivindicar la autopublicación como tal; casi de manera autotélica. Tenéis información sobre el colectivo en Internet.

Este es, si no cuento mal, el cuarto proyecto colaborativo de NEUH después de la Agenda 2018, Mar de Tinta, NEUH HopePunk. En todos y cada uno de ellos, además de las figuras obvias de los artistas, hay una figura invisible indispensable: la de coordinadora del proyecto (una suerte de editora, impulsora, motivadora y más cosas importantes que acaban en «ora»). Todas las coordinadoras de proyectos han sufrido de mis silencios y de otros problemas que acarreo. Con NEUH HopePunk hice que Caryanna perdiese la paciencia conmigo en más de una ocasión (yo lo viví así al menos). En este, Hilda... solo diré que se merece un monumento.

Tienen ante ustedes un libro hecho por artistas multidisciplinarios y que cuenta con el mimo, la paciencia infinita y el buen talante entre bambalinas de Hilda, a quien le doy las gracias infinitas por atreverse a coordinar uno de nuestros proyectos. Espero que lo disfruten.

Antes de irme, ¿sabían que los pájaros actuales son dinosaurios de pleno derecho? No me voy a extender más,

porque seguro que lo diría mal, pero los dinosaurios terópodos y los pájaros actuales son los únicos que poseen un hueso en forma de «v» u horquilla llamado fúrcula (conocido como hueso de los deseos en algunos sitios). Esto, entre otras cosas que no sé explicar bien, quiere decir que los pájaros son descendientes directos de esos dinosaurios. Es decir pájaros = dinosaurios. ¿Se les ocurre cosa más mitológica que eso? A mí no.

Pues ya estaría.

¡Que vivan la pluma y los pájaros!

Héctor Nollega

Un miembro de NEUH más

Héctor Nollega es autor de Cotidiano, Maricón Nocturno y Paranimals.



Ilustración Harpías por Cano

Alicanto



Ilustración de *Silda Jazmín*



Distribución: Norte de Chile.

Alimentación: Minerales como oro, plata o cobre.

Población: Desconocida.

Reproducción: Ovípara, mediante huevos que son de oro y plata, los cuales resguarda en cavidades de grutas y cerros.

Aspecto:

Ave enorme de gran belleza con plumas doradas que resplandecen la oscuridad. Corre muy rápido.

Famosa por:

Es capaz de decidir qué personas pueden verle o cuales no dependiendo de la ambición en su corazón. Puede resultar de salvación para un minero o un buscador de tesoros pero también puede representar su perdición si su corazón tiene avaricia.

Alicanto

Autor: Pedro de Matos

—Bueno —dijo el policía clavando la mirada en el despojo humano sentado ante él, tratando de escarbar entre su mirada perdida, con la esperanza de no haberse levantado esa mañana sólo para toparse con otro de esos locos que de vez en cuando aparecían desvariando en el desierto.

El pobre despojo no podía más que mirarle con ojos llorosos, bebiendo agua en pequeños sorbos, soñando con el momento en el que todo ese sinsentido llegara a un desenlace mínimamente satisfactorio, aunque fuera sólo para él.

—Verá, amigo... mis compañeros de ahí, me han contado así no más por lo que usted ha pasado... y la verdad... Me cuesta creer que, lo que ellos me dicen que le ha pasado a usted, sea de verdad lo que usted les ha dicho que le ha pasado.

El policía respiró hondo, tratando de mostrar a su pensamiento el siguiente paso a tomar.

—... y mucho menos, que lo que ellos me han dicho que usted les ha dicho que le ha pasado, sea lo que le ha pasado de verdad.

El pobre desgraciado estaba demasiado cansado como para entender tantos recovecos. El policía no necesitó perderse él mismo en su palabrería para saberlo.

—El caso es que usted me haría un gran favor si me pudiera poner algo de luz en toda esta historia. Así que... ¿qué tal si empieza desde el principio? Pero no se lo tome con demasiada calma. Si todo esto es una broma quiero terminar rapidito el trámite.

El hombre que se sentaba frente a él respiró hondo. Ya le había costado demasiado contar la historia la primera vez, y esa era la tercera que se veía en la obligación de contarlo.

—Bueno, verá. Soy fotógrafo de naturaleza. Llevo casi 25 años recorriendo el mundo, buscando los lugares más bellos y misteriosos del mundo para...

—Bueno, bueno —interrumpió el policía—. A lo mejor tampoco es necesario ir tan para atrás.

El fotógrafo respiró hondo. En parte eso le aliviaba porque cuanto más tardara en llegar a la carne del asunto, más dudaría en seguir llegado el momento.

—Vale —dijo finalmente—, el caso es que vine a Atacama porque bueno, llevaba años deseando venir a conocer el desierto...

—Y sacar unas fotos.

El fotógrafo detuvo su discurso en seco. Tampoco lo veía necesario.

—Sí, claro. Atacama es un lugar muy atractivo, es mági...

El hombre, confundido y arrepentido por lo que estuvo a punto de decir, se detuvo.

—Y bueno, finalmente pude sacar tiempo y dinero para venir a... sí, a hacer unas fotos.

—Bien, bien, siga, siga...

—Pues durante mi segundo día conduciendo por el interior del desierto, mientras anochece, me propuse acampar al raso, así que descargué el equipo de la furgoneta y, mientras cenaba y miraba las fotos que hice a lo largo del día, se me hizo de noche.

—Y fue entonces cuando...

El fotógrafo negó con la cabeza.

—No, no exactamente. El caso es que me tiré en el suelo mirando las estrellas... y ¡Dios! ¡Qué estrellas!

—Sí, son las mismas que en cualquier sitio, siga.

El fotógrafo se mordió la lengua porque lo último que quería era desviarse del tema por una estúpida discusión.

—El caso es que no pude evitar hacer una foto de las estrellas y... Bueno, en ese momento no me di cuenta pero...

El fotógrafo se detuvo.

Era evidente que el policía estaba esperando ese momento, pero su interlocutor estaba a punto de arrojarle un jarro de agua fría.

—El caso es que apunté con mi cámara al cielo y ¡flash!

—¡“Flash”!

—Sí. “Flash”.

El policía trazó una sonrisa asimétrica en sus labios. Estaba disfrutando más de lo que esperaba.

—Y ahí estaba el Alicanto, ¿no? —intervino con una risita burlona.

El fotógrafo apretó sus puños con la poca fuerza que tenía, entornando los ojos como señal de disgusto.

—No, no estaba el Alicanto. O al menos yo no lo vi.

—¿Qué mierda hace usted aquí entonces?

El fotógrafo respiró hondo.

Tomó otro sorbo de agua.

Si ese policía quería tocarle las narices, que supiera que se enfrentaba al mayor de cuatro hermanos.

—En ese momento, sólo vi un destello, como un reflejo... Y bueno, lo mismo apareció en la foto. La ha visto, ¿no?

—Sí, he visto muchas fotos. Las que trae usted también, las de la cámara y las del ordenador.

El fotógrafo pestañeó, nervioso.

—¿Y bien? —preguntó finalmente.

—¿Y bien qué? Ese borrón blanco podría ser cualquier cosa.

—¿Sí, qué cosa?

El policía sonrió.

—Dígame usted.

El fotógrafo terminó su vaso de agua. Miró a su alrededor para ver dónde podría conseguir un poco más, pero entonces supuso que aquello iba a ser el desierto para él aunque estuviera en una isla de civilización.

—Bueno, en ese momento fui consciente del ruido que había escuchado antes, pero al que no le presté atención por la emoción de echar la foto al cielo estrellado, y me dio por pensar que era...

—¿Que era...?

—Un OVNI.

—¿Un OVNI?! —el policía echó a reír—. ¿¡Y por qué pensó en un OVNI y no en el Alicanto!? —Las carcajadas del policía llamaron la atención de toda la comisaría, especialmente de sus subordinados, que fingían estar ocupados en otra cosa en lugar de ser un entregadísimo y discreto público de la escena.

—Bueno, si le digo la verdad, nunca creí en las historias de criaturas mágicas como Nessie, el Yeti y cosas así.

—¡Ah, pero los OVNI sí existen según usted, ¿no?! —El policía ni podía ni quería disimular que estaba disfrutando de aquello más de lo que esperaba.

En el fondo de su corazón esperaba que aquel loco creyera en aquello que le estaba contando. Sí, el desierto puede hacerte mucho mal en la cabeza en un par de días, pero a veces daba para unas risas.

—Bueno, técnicamente hablando, y como su propio nombre indica, un OVNI es todo objeto que vuela que no se sepa qué es, así que... Y después de todo, Atacama es conocido también por avistamientos, ¿no?

El policía rió una vez más.

—¿Quiere que llame a la fuerza aérea chilena?

El fotógrafo tomó aire.

—No, no quiero que llame a nadie.

—Siga, hombre, siga contando.

—¿Puedo tomar otro vaso de agua?

El policía miró a uno de sus compañeros, que ya venía con un vaso preparado.

—¿Sabía algo del Alicanto antes de ver... ese OVNI? — preguntó el policía.

—Algo había oído. La gente habla, cuenta historias...

—¿Y sabía usted que en el desierto hay oro?

—Sabía que había oro, pero no que aún hubiera.

—Es el oro lo que les vuelve locos, ¿sabe? A la gente que viene al desierto. Bueno, el calor, la deshidratación, eso también, desde luego. Pero eso les golpea cuando ya llevan días bajo el sol buscando las pepitas.

—¿Por qué me cuenta eso? Yo no vine a por oro.

—Usted buscaba su propio oro, caballero. Esas fotos que llevaba años deseando hacer. La obsesión por adentrarse en el desierto en busca de los mejores paisajes le hizo perder la noción del tiempo, se olvidaría de beber y de comer correctamente...

El policía sonrió.

—Y quién sabe si se ha traído de fuera algunos estimulantes que le hayan sentado no del todo bien, ¿eh?

El fotógrafo respiró hondo antes de tomar un reposado sorbo de agua.

—¿Sigo?

—Por favor —rió el paco.

—Bueno, el caso es que aquello despertó mi curiosidad, así que recogí mis bultos y conduje hacia la dirección la que fue el...

—El OVNI.

—¡El loquesea! El caso es que fue un camino bastante infructuoso durante un buen rato, hasta que llegué a las rocas.

—Ahá, claro, las rocas, las rocas, siga...

—Llegué a esa montaña, ya sabe.

—No, no sé, pero siga.

—Y bueno, ya sí que no podía seguir, y decidí descansar y ya al día siguiente vería dónde estaba y cómo volvía a... bueno, cómo llegaba a cualquier otro sitio.

El fotógrafo se rascó el cuello, perdiendo de golpe toda la confianza.

“Vamos, joder”, pensaba. “Ya has contado esto antes”.

—Entonces vi una entrada a una gruta y... Y bueno, ya se imaginará.

—No, no me imagino.

—Pues por supuesto que tenía que entrar.

—No, eso es lo menos sensato que podría hacer, pero siga.

—Bueno, entré... y bueno, lo oí.

—Al OVNI —dijo el paco, divertido.

—No... Era... Ya sabe.

—Sí, lo sé, pero dígame usted.

—El... el pájaro.

El policía sonrió.

—Debió cagarse en los pantalones.

—Poco me faltó. Entonces claro, se me ocurrió que lo único que podía hacer era pillar el primer avión de vuelta a Europa. Pero claro...

—Claro.

—No podía dejarlo estar así, ¿verdad?

—Verdad, verdad.

—No porque... Ya sabe... porque pudiera fotografiar al... al pájaro.

—Al Alicanto.

—Eso.

El policía estalló en carcajadas.

—Claro, ningún fotógrafo podría dejar ir el título de ser el primero en obtener una imagen de una bestia mítica.

—O lo que fuera. Ese chillido... ese grito no era natural. No sabía si era un pájaro gigante de oro, o... no sé, cualquier otra cosa, pero fuera lo que fuera, merecía la pena descubrirlo.

—¿Qué podía ser acaso? ¿Hombrecitos verdes?

—O una excavación ilegal, yo qué sé.

El policía negó con la cabeza.

—El caso es que usted entró ahí como si nada. Armado con su cámara, supongo.

—Sí, claro —respondió el fotógrafo justo un segundo antes de entender la intención del paco—. Entré en la cueva, y sé que es la idea más estúpida que se me ha ocurrido nunca, pero supongo que mi cabeza no funcionaba correctamente en ese momento.

El policía lo tenía más que claro.

—Me adentré en la cueva, con una linternita que apenas iluminaba mi camino. Anduve durante no sé cuánto... Cuando llegué.

Al policía aquella pausa se le antojaba muy larga.

—A dónde.

—Era una... una gruta enorme. Parecía que todo estaba muerto a su alrededor pero eso...

—Claro que estaba muerto —dijo el policía—. Aquello es el desierto, una mina abandonada. Ahí sólo quedan enterrados sueños y algún montón de huesos.

El policía parecía muy seguro de sus palabras, pero miró de reojo al fotógrafo deseando, no demasiado en el fondo, que le llevara la contraria.

El fotógrafo estaba aún más nervioso. Parecía que sí, que era posible.

—Sin embargo... sentía que había algo ahí dentro.

—Y claro, tuvo que ir a meterse.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó el fotógrafo perdiendo los papeles—. Llega un momento en el que estás tan metido en algo, en que la curiosidad te domina, ¿sabe? Y... y ahí había algo. No sabía qué era, pero, pero... pero estaba hambriento, sediento, sí, estaba alterado, falto de sueño y...

El silencio cayó como una losa en la comisaría.

—Pero... pero el pájaro estaba ahí.

Ahí. Ahí era donde el policía quería llegar.

—¿Qué pájaro?

El fotógrafo le miró a los ojos. Parecía buscar algo en el fondo de sus cuencas.

Y si lo que buscaba era una confirmación de que aquel hombre era un cabronazo, ahí estaba.

—El Alicanto.

El policía sonrió.

—¿Está seguro de eso?

El fotógrafo se desesperó.

—¡Sí, joder! Era él... Un gigantesco pájaro de oro, graznando mientras amontonaba...

El fotógrafo guardó silencio. A cada segundo que pasaba, todo aquello le iba pareciendo más y más ridículo.

—Oro, ¿verdad? —preguntó el paco.

—Sí —respondió el fotógrafo, consciente al fin de que aquello no pudo haber pasado—. Una montaña de oro, como los dragones de los cuentos.

El policía sonrió.

—¿Todo ese oro y no se atrevió a cogerlo?

El fotógrafo miró a un punto entre la palma de sus manos y la inmensidad del universo.

—Sí que cogí —dijo él—. Cogí una pepita que estaba a un par de pasos, lejos del alcance de la vista del pájaro...

El policía miró serio, por primera vez, a su interlocutor.

—Él... él no podía verme, pero cuando cogí la pepita, una ridícula pepita, no sé ni cómo la vi... pero él... lo supo. Levantó la cabeza y lanzó ese grito terrible... Me llevé las manos a la cabeza y...

Y salí corriendo. Olvidé el oro y sólo temía por mi vida. Salí corriendo, como si mi cuerpo no obedeciera a mi mente, como...

Silencio.

—Como en un sueño —dijo el policía.

Más silencio.

—Sí...

Por un momento, el policía se preguntó si ese hombre seguía consciente.

—¿No le sacaste fotos?

—¿Qué?

—Fotos. ¿No es usted fotógrafo? ¿No vino a sacar fotos?

El pobre desgraciado miró a la nada sobre la mesa durante un tiempo que le pareció meses.

Finalmente, rió.

—Eso habría sido mejor que el oro...

—¿Lo ve? Lo que yo le diga, amigo. Ha sufrido usted del mal del desierto. No bebe, no come, no duerme... Y más encima va manejando como un loco. Mire, usted lo que necesita ahora es descansar. Retomar el contacto con la realidad, terminar de hacer sus fotos y volverse a su casa con una historia muy rara acerca de un sueño demasiado real, fruto de los demonios del desierto.

Se miraron. El policía sonrió amablemente, por primera vez.

—Nadie se lo tendrá en cuenta.



Hacía ya dos horas que el policía terminó un día sin nada capaz de hacerle sombra al comienzo de su jornada. Ya en su casa, sentado en el sofá, recordaba el relato de ese pobre desgraciado que tuvo la mala suerte de sucumbir al sol, la deshidratación y la falta de sueño.

“Y las viejas historias siempre hacen mella en la mente de un hombre agotado”, pensó.

Él lo sabía bien, por supuesto. ¿Quién en aquellas tierras duras e ingratas no habría sucumbido al sueño de riqueza que

les llevaba lejos de ahí, a la épica del obstáculo que representaba un pájaro gigante que resplandece en el cielo como un segundo sol.

Sí, él lo sabía bien. Lo sabía desde que, siendo poco más que un muchacho, le pareció ver desde el autobús en el que llegó a ese pueblo, entre las rocas del suelo lo que se le antojaba (no podía ser, por supuesto) una pluma dorada.

Pero claro, era el efecto del desierto.

Aquello no podía ser.

Bennu egipcio



Ilustración de Paula Edith



Distribución: Egipto.

Hábitat: Habita en ríos, lagos y todo tipo de humedales de agua dulce y salobre.

Alimentación: Peces, crustáceos, ranas, salamandras, serpientes, pequeños mamíferos e insectos acuáticos.

Población: 1

Reproducción: Vive y muere para renacer, representa el renacimiento del espíritu y al sol, que muere por la noche y renace en la mañana.

Aspecto:

Parecido a una garza real de gran tamaño, tiene 2 largas plumas a modo de cresta.

Famosa por:

Haber surgido del estallido del corazón de Osiris tras el asesinato cometido por su hermano Seth. Estaba relacionada con el sol, la creación y el renacimiento.

El Mito del Bennuh

Autor: César López Eireos

Por la doctora Marta Velasco.

La del Bennuh no está entre las historias más conocidas del Antiguo Egipto. De hecho, mucha gente solo conoce a esta interesante figura como el prototipo del fénix clásico. Y creo que por eso quise centrar mi tesis doctoral en esta misteriosa criatura de los mitos egipcios.

Investigar y desgranar la montaña de bibliografía contemporánea y también los textos milenarios fue un trabajo de nivel legendario (nunca mejor dicho), pero encontré dos papiros escritos en hierático datados ambos durante el Imperio Antiguo, aunque no se ha podido establecer la fecha exacta en que fueron redactados.

El primero de ellos, conocido como el "Papiro de Sefu", estaba escrito en una hoja de papiro de escasa calidad y con una caligrafía digna de un disléxico. Esto explica que no hubiera sido traducido con anterioridad.

El contenido del texto es más o menos el siguiente:

Soy Sefu, capitán de los guardias del templo del Bennuh en Iunu. Escribo este texto como declaración y testamento, pues sé que pronto moriré.

Yo era solo un niño cuando asistí por primera vez a la llegada del Bennuh a Iunu, me habían hablado de la prodigiosa ave que traía el ba de Ra pero yo no había comprendido nada. Hasta que vi la interminable procesión de gente que llegaba para asistir a su llegada al templo.

Nunca había visto a tantas personas juntas: todos los locales estaban a rebosar, todas las calles y alrededores de la ciudad rebosaban de grupos y familias que habían tenido que acampar o directamente dormir al sereno. Era difícil conseguir una hogaza de pan, una cebolla o un trago de cerveza.

El mismo faraón se había sumado a la peregrinación. Fue la primera vez que vi al dios de Egipto.

Pero lo que de verdad quedó en mi memoria fue el Bennuh, que llegó volando desde el sur. Era la mayor ave que jamás había visto, pero volaba como si no tuviera peso y brillaba como el sol. Sus plumas eran las más hermosas que nadie había visto jamás y la corona en su cabeza lo hacía el ser más regio.

Tomó tierra frente al altar de su templo e incontables personas comenzaron a entregar ofrendas de lino, papiro o ramas de cedro, retirándose después respetuosamente. El Bennuh comenzó a recoger estas ofrendas y con ellas construyó un nido sobre el altar que le había sido consagrado.

Una vez lo dio por concluido, se subió al nido con una ligereza pasmosa y se sentó sobre él. Entonces, como si hubiera estallado en llamas, fue reducido a cenizas brillantes. Antes de que yo pudiera asimilar lo que había visto, de aquellas cenizas, sobre el nido, se alzó un nuevo Bennuh radiante y coronado sobre sus largas patas.

Y entonces todos los presentes estallaron en vítores mientras el Bennuh alzaba sus alas y daba varios aleteos con los que esparció las cenizas. Eran cálidas, olían a incienso y estar cerca de ellas era muy agradable.

De esa forma el Bennuh alzó el vuelo, con unos aleteos tan ligeros como cálidos, y se alejó por

donde había venido. No pude apartar mis ojos de él en ningún momento.

A estos siguió un festival de varios días presidido por el mismo faraón, en el que no faltaron la música ni la cerveza. Aquel año, los campos rindieron más medidas de cereal y cebollas que nunca y los animales tuvieron grandes nidadas y camadas. Incluso los enfermos sanaron y los niños nacidos ese año crecieron fuertes.

Yo no lo sabía entonces, pero tal era el don del ba de Ra traído por el Bennuh.

Aun así, asombrado por la magnificencia del ave, comencé a visitar el templo todo lo que pude para aprender sobre el ave y honrarla. Desgraciadamente, dada la pobreza de mi familia, yo no podía entregar ofrendas generosas, por lo que los sacerdotes no dedicaron mucho tiempo a mi interés por el Bennuh.

Sin embargo, uno de los sacerdotes me hizo una recomendación envenenada: que alistándome en el ejército podría hacer fortuna y aprender más cosas sobre los dioses.

A partir de aquí, una parte del papiro estaba degradada, lo que hacía el texto ininteligible. Una lástima, ya que no perdíamos las hazañas de Sefu como soldado. Debieron de ser dignas de ser contadas pues, cuando el papiro volvía ser legible, Sefu reclamaba haber regresado a Iunu (llamada Heliópolis por los griegos) en calidad de capitán de la guardia de la ciudad y el templo:

Tras mi regreso a Iunu como comandante de la guardia, me establecí cerca del templo, donde pude dedicar mi tiempo de descanso en estudiar al

Bennuh. Finalmente descubrí que el ave era la portadora del ba, la fuerza primordial dadora de vida, procedente de Ra y de Atum.

Regresa cada dos cosechas a Iunu trayendo el ba, que lo consume hasta reducirlo a cenizas. Pero de estas mismas cenizas surge un nuevo Bennuh radiante, que emprende el camino en dirección contraria.

A dónde se dirige es un misterio que nadie ha esclarecido. En los documentos del templo se afirma que podría ir a Arabia o a Punt. En mis viajes, escuché de boca de habitantes de Kush que el Bennuh nunca se detiene mientras que gentes procedentes de Arabia dicen que se dirige al límite del Mundo.

Sea como sea, el Bennuh siempre vuelve con el ba. Y con maravillosos dones.

En la celebración de la primera venida del Bennuh tras mi regreso, conocí a mi Annipe bailando a orillas de Nilo. A pesar de las dudas iniciales, al final nos unimos felizmente. Y fue nueve meses después de la siguiente venida del Bennuh que nació nuestro precioso Najja. Sin que tuviéramos que pagar con la vida de Annipe por ello.

Tan bueno es el ba del Bennuh que me dio una familia.

Pero todo ha cambiado recientemente debido a la llegada de un nuevo sacerdote llamado Sudi a Iunu desde Menfis. Parece ser que este Sudi es hijo de un poderoso clérigo de Ra y viene apadrinado por el clero de Amón. Eso lo hace un hombre muy poderoso, parece tener un interés por el oro que va más allá de ser la sangre de los dioses y tiene a su servicio más trabajadores de lo normal en un clérigo.

No sé muy bien por qué, pero eso me pareció sospechoso y por ello, junto a uno de mis hombres de confianza, interrogamos a uno de esos trabajadores y este nos confesó que estaban construyendo una gran jaula de oro.

Esto me pareció lo bastante extraño como para intentar interrogar al propio Sudi, cosa que preferí hacer a solas abordando sus aposentos araq en mano.

Sudi se rio de mí y me confesó alegremente que su plan consistía en capturar al Bennuh en la inminente llegada de este Bennuh a la ciudad, atrapando al nuevo ave en la jaula cuando surgiera de las cenizas de su predecesor. Según Sudi, a pesar de todo su poder el Bennuh no sería capaz de romper una jaula construida de la sangre de los dioses.

“¿Para qué querías capturar al Bennuh?”, pregunté neciamente.

“Porque el ba que trae el Bennuh es indispensable para la prosperidad de Egipto. Imagina si alguien tuviera ese ba en su poder, todo Egipto estaría a sus pies. Tendría bajo mi pie al mismo faraón”.

Aquello me hizo alzar mi araq para silenciar a aquel hombre, pero entonces Sudi volvió a reírse y entonces descubrí que tenía detrás de mí a tres de los guardias en los que más confiaba, amenazándome todos ellos con sus araq.

Las siguientes palabras de Sudi se clavaron en mi interior: “No seas necio, Sefu, ¿creías que podrías confiar en tus hombres? ¿No te has planteado que yo podría haberles ofrecido oro? ¿Te has preguntado cuánta gente me sigue? ¿Qué pasaría si a tu querida Annipe y a tu pequeño Najja les sucediera algo? Creo que te compensa más seguirme a mí que desafiarme”.

Dejé caer mi araq sin saber qué hacer.

Aun ahora sigo sin tener muy claro qué puedo hacer, si es que puedo hacer algo.

De momento, he enviado a mi Annipe y a mi Najja junto a un hombre del Alto Egipto que me debe varios favores y no tiene relación alguna con los cleros de Ra ni Amón.

Pero cada vez descubro más de mis hombres comprados por Sudi. El Bennuh pronto regresará a Iunu y me veo cada vez más acorralado.

Por eso escribo estas palabras, para dejar constancia del motivo de mis actos.

Aquí terminaba el papiro, dejando a futuros lectores con la duda de qué habría sucedido con Sefu y si habría conseguido detener a Sudi. Yo misma sentí una comezón al terminar el texto.

Pero en ocasiones los dioses se apiadan y encontré otro papiro, mucho mejor escrito, que podría ser la continuación. Este es su contenido resumido:

Yo Najja, hijo de Sefu, escribo estas palabras para honrar el recuerdo de mi padre. Mucho se ha dicho durante años sobre lo que sucedió entre mi padre y el Bennuh hace años y yo no estuve presente, pero he trabajado mucho para conocer todas las versiones.

La que, conociendo a mi padre, más me convence es la que dice que mi padre entregó al Bennuh una ofrenda de lino para su nido, como ya había hecho en otras ocasiones, y entonces el ave y mi padre permanecieron detenidos, conectados, durante un momento. Aunque ningún sacerdote coincide, yo estoy seguro de que en ese

momento mi padre de alguna forma reveló al Bennuh la situación.

Temiendo algo, Sudi hizo que dos guardias atacaran a mi padre, que fue asesinado por la espalda.

Viéndolo derrumbarse, el Bennuh llevó a su nido el lino que le había ofrendado y entonces, con gráciles pasos, se acercó a Sudi. Dicen que los guardias huían a su paso. Cuando lo tuvo delante, el Bennuh lo apuñaló con su pico, dejándole un gran agujero en el pecho.

Después de ello, el Bennuh regresó a su nido y allí fue reducido a cenizas. Sin Sudi, nadie se atrevió a cerrar la jaula de oro y el nuevo Bennuh se alzó esparciendo las cenizas de su predecesor y calmando a la estupefacta multitud congregada.

Lo siguiente está más claro: mi madre y yo regresamos a Iunu, una investigación dirigida por el chati determinó las fechorías de Sudi, por la que todos sus seguidores tuvieron que pagar con la vida.

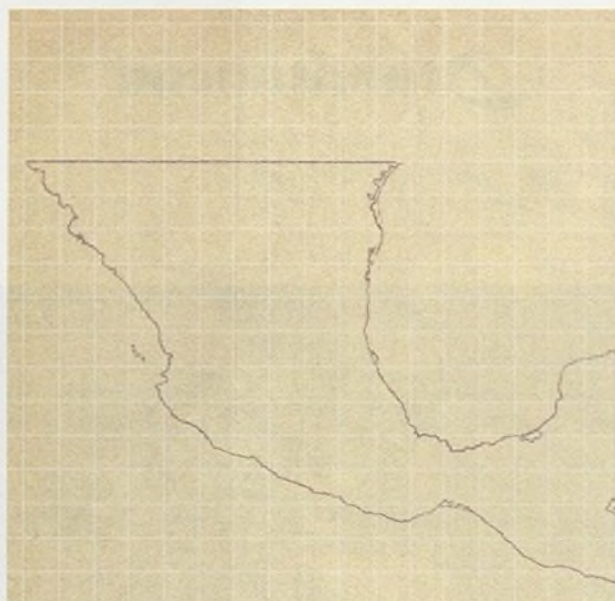
A continuación, Najja afirma que se hizo escriba y pasó por el ejército. Parece ser que viajó mucho y realizó una exhaustiva investigación sobre el ave de la que su padre había sido tan devoto y que un comerciante de origen arábigo le dijo que, en los confines de Arabia, abundaban unas grandes garzas que lo llevaron a suponer que era el destino del viaje del Bennuh.

No hay constancia de que nadie contrastara esta información, pero parece que la teoría de Najja se hizo popular con el tiempo.

Dtundtuncan



Ilustración de Kaliparvati



- Distribución:** Reino Maya.
- Hábitat:** Desconocido.
- Alimentación:** Carnívora, humana.
Almas de niños y niñas.
- Población:** 1
- Reproducción:** Desconocida.

Aspecto:

Solo tiene una pata y le faltan los ojos, pudiéndose ver las cuencas vacías. Es un ave corpulenta de plumaje brillante que no puede cantar y emite un horrible quejido.

Famosa por:

Ser una de las transformaciones del demonio Kakasbal. Cuando devora una víctima deja los huesos de esta en la entrada de su casa.

El que va por el cielo

Autora: Hilda Jazmín

Cuando vi a la doctora Gutiérrez esa mañana supe que algo iba mal. Llevaba ya 8 meses de tratamiento con ella y seguía teniendo las mismas pesadillas, lo peor era que ahora eran más detalladas y horribles. Habíamos probado todo tipo de sesiones y terapias, pero la expresión en su cara esa mañana me lo dijo, algo iba mal. Tras una sesión más ese día me derivó con otro especialista, mi caso le ganaba. Sabía que tenía algo en mi interior, me dijo que algún trauma, algo que no lográbamos tocar por algún motivo, pero que sus herramientas eran las que eran y este otro especialista tenía una herramienta que ella no manejaba. Regresión con hipnoterapia.

Nunca hubiera pensado en someterme a tal cosa en la vida, pero tener las mismas pesadillas cada día durante 8 meses me estaba pasando factura, no solo había dejado mi trabajo, dormía poco, mi humor estaba por los suelos, tenía insomnios potentes que me dejaban zombie los días siguientes. Estaba ojerosa y descuidada, tenía sueño pero no quería dormir porque esas imágenes volverían a mí y aunque mi pareja daba todo de sí ella también estaba resintiendo mis síntomas.

Me sentía enojada constantemente y me dolía la cabeza, pero arrastras con mi cuerpo así fue como llegué, a la semana siguiente, donde la doctora Jiménez. Hablamos de mi caso, ella me contó lo que le había contado la doctora Gutiérrez y me explicó cómo sería llevar mis terapias con ella.

Hasta ese momento lo que yo creía sobre la Hipnoterapia era lo más alejado de la realidad, no sería un pelele que le

dijeran qué hacer y obedecería sin conciencia, era algo más interesante de lo que yo creía.

Las sesiones de hipnosis eran algo que ella solía probar con casos complicados como los míos, eran parte de su proceso terapéutico pero no era algo de la primera sesión. Por si te lo preguntas no es como que llegues, te sienten y te digan “cierra los ojos” y ya estás hipnotizada.

Era un proceso lento para ayudar a entrar en relajación a la mente y al cuerpo y así poder acceder al inconsciente, a esas cosas ocultas que se bloqueaban día a día o a esos traumas que se habían quedado bloqueados en el pasado y que ahora saldrían, por fin podríamos descubrir el origen de mis pesadillas.

Me ponía nerviosa quedar a merced de alguien así por las buenas, pero la doctora Jiménez me dijo que no quedaría indefensa ni a su merced. Además Alma, mi pareja, podía acompañarme y estar ahí acompañándome, algo que no habíamos podido hacer en otras terapias. Los primeros días fuimos conectando poco a poco con la doctora. Ella me guiaba por caminos y lugares. Fuimos avanzando para entrar en el proceso de hipnoterapia y poco a poco en la regresión.

Solía escuchar su voz a lo lejos, era suave y me guiaba, me daba confianza, me hacía sentir bien por un momento relajada sin sentir mis ojeras, mis dolores de cabeza, mis constantes achaques por todo lo que conllevaba dormir poco.

Las sesiones se iban sucediendo y cerraba los ojos para dejarme llevar de su mano, fue así como comencé el viaje a una vida pasada que desconocía, de su mano.

Su mano era fuerte y callosa, aunque mi madre parecía una mujer de edad joven se notaba que había tenido una vida dura y complicada desde temprana edad, dándole callos y durezas en la piel. Tenía la piel morena y un vestido largo y sencillo con estampados de flores, yo era un niño. Un pequeño moreno de mocos en la cara que caminaba a tropezones

de la mano de mi madre. Sentía la tierra colarse por mis sandalias de cuero viejo y el calor fuerte caerme en la cara de lo que creía era un día especialmente brillante, me caían gotas de sudor por la cara y tenía sed. Estaba cansado, quería ya llegar a donde fuera que iba o dejarme caer, pero mi madre me llevaba con ahínco. Veía sus cabellos negros flotar en una trenza que se desarmaba y el sol le hacía una aureola en la cabeza... Parecía una santa.

Íbamos caminando entre la gente en un camino de tierra suelta y polvorienta, el lugar parecía un mercado, la gente a mi alrededor me hacía sentir que lo era. El ruido, el aroma a verduras y gallinas, los colores que iban y venían, los gritos y lo que a mis ojos era más accesible: juguetes.

Puestos con dulces y juguetes baratos, pero no nos deteníamos. Escuché entre la gente a una mujer, a la doctora Jiménez, que me decía que fuera más adelante, que saltara un poco a ese caluroso día de Enero.

Las imágenes aparecían y desaparecían, y ahí estaba yo. Sentado en una cama grande y bonita con un edredón tejido de color crema. La habitación era grande y decorada, las paredes de lo que parecía concreto estaban pintadas de un verde limón y la ventana por donde se colaba el aire era solo un hueco vacío. De hecho la cortina solo era sostenida por un alambre que había sido puesto con dos tornillos a cada lado para sostener el visillo que se mecía con el viento.

Que calor sentía.

Bajé de la cama y me di cuenta en ese momento que mis pies colgaban, seguía siendo el niño moreno y de corta edad. Caminé por la habitación sintiéndola acogedora. Una virgen se posaba en un altar en una de las esquinas y me miraba con sus ojos llenos de lágrimas.

—Dime que hay afuera —me dijo la dulce mujer con la voz de la doctora Jiménez.

—Un pasillo y mi abuela... y creo que hay... otros niños...

—Ve donde ella.

—Voy —dijo mi voz de mujer adulta a la Doctora.

Corrí como solo corren los niños y me sentí viva de correr con esa energía que no sentía en años, al pasar por las habitaciones me di cuenta de que no tenían puerta, de ellas colgaban cuentas de hermosos colores que hacían de cortinas sonoras y agraciadas.

Corrí donde mi abuela, la mujer de cabellos canosos y trenza estaba rodeada de tres niños y dos niñas, teníamos todos la misma edad entre 7 y 10 y sentía que eran familiares pero no sabía quiénes eran, no podía ver sus rostros o no los entendía.

Los aromas de comino y carne se sentían por la estancia cuando me dejé caer en el suelo y ahí la abuela nos comenzó a decir las palabras de la virgen.

—Dice que así nos cuida y nos protege porque no tenemos ventanas —dije con la doctora Jiménez en mi trance.

—¿De qué los protege?

—De “el que va por el cielo”.

—¿Sabes quién “el que va por el cielo”

—¡NO!

Mi grito salió sin querer de mis labios y en la habitación donde mi cuerpo dormía las mujeres a mi lado se sobresaltaron. Alma luego me contó que mi cuerpo se había puesto rígido y tenso y que mi rostro había cambiado drásticamente, apretaba los ojos y gritaba en voz alta.

—¡NO, NO, NO HAY QUE DEJAR QUE TE VEA DESPIERTO!

—Calma Romina, recuerda que estás en un lugar seguro.

—La doctora Jiménez me dio el cálido contacto de su mano con la mía—. Estás aquí y ahora en el año 2015 donde todo está bien. Estamos en una sesión y has viajado a ver tu vida pasada, es solo un recuerdo, no puede dañarte, ahora escucha mi voz y tenla presente.

—Te... tengo miedo.

—Puedes tener miedo pero estás segura, todo está bien y estás a salvo. Dime, Romina, ¿sabes tu nombre o el de tu abuela? ¿Puedes reconocer a alguien más?

—Matías, soy Matías. Mi abuela es la Nana... El resto, no sé...

—¿Y de qué están hablando? Vuelve a esa conversación.

Mis piernas entrecruzadas se apretaban en el frío piso mientras miraba a mi abuela que hablaba a los pequeños a su alrededor, les contaba sobre “el que va por el cielo”, el Dtundtuncan, un nombre tan raro e impronunciable pero que daba escalofríos. Yo miraba a los demás y los demás la miraban a ella con asombro y miedo. Veía sus caras borrosas pero sabía que sentían el mismo pavor que yo.

—A la Nana siempre le gustaba contar cosas que asustan a los niños.

—¿Quién te dijo eso?

—Mi mamita, es su nieta.

—Entonces ella no es tu abuela, es tu bisabuela.

—No importa, no tenemos otra abuela...

—Dime Romina, ¿es este relato que tanto te aterra el que te persigue cada noche?

—No.

—Entonces sigamos un poco más adelante.

—No. Nana nos está enseñando, esto es importante, el pájaro de una pata llega en las noches y les sopla en la boca a los niños y niñas el viento de la muerte... Por eso siempre hay que rezar.

—Romina, ¿Matías sabe qué es una historia?

—¡NO! No, no, no, nononooooooooooooooooo, no es, no es, no es...

En ese momento supe que todo se torció, escuché la voz de la doctora alejarse y vi como mi abuela se arremolina en colores y sombras. No recuerdo bien todo lo que pasó en esa

sesión pero yo lo veo, cada noche lo veo allí, a mi pesadilla que otra vez vuelve a tornar a mí.

Alma que estaba ahí lo escuchó salir de mis labios, me contó la expresión de dolor en mi cara y el llanto que la doctora Jiménez ayudó a paliar. Ella lo grabó para mí aunque no me he atrevido a escucharlo.

Es cierto, no les había contado que las sesiones eran grabadas, para poder luego trabajar en conjunto con ellas y analizar todo lo dicho, había muchas cosas que no recordaba siquiera decir pero solía ser bueno escucharme hablar era como escuchar a otra Romina. Aunque esa grabación en especial no la he tocado aunque ya ha pasado más de un año.

Yo era Matías, era de noche, todos los niños habíamos jugado hasta tarde luego de cenar carne asada y puré, aún intento recordar porqué estábamos juntos pero era verano, quiero creer que eran unas vacaciones y que por eso tampoco me gustan mucho actualmente. Corríamos por los pasillos de la casa, nos perseguíamos y peleábamos, corríamos dentro y fuera. Nos habían dicho que era muy tarde que dejáramos de subir a los naranjos del patio, que con su aroma y sus ramas fuertes, nos invitaba a escalarlo y ahí fue cuando una de las niñas pequeñas se tropezó y el juego se acabó entre lágrimas y dolor, estuvo mareada y mal toda la noche hasta vomitó varias veces, pero finalmente se calmó y nos dormimos todos en la cama grande, una única cama para todos.

Fue todo tan rápido y vertiginoso que no sé cómo sucedió, solo recuerdo que el frío me despertó y entre las cortinas de visillo delgadas que se movían por el viento de la madrugada vi lo más horrible que había podido ver, a mi pesadilla que me perseguía día tras día.

Esas cuencas vacías y profundas, esos profundos pozos en vez de ojos... Era como el rostro de un viejo decrepito y sombrío y ese pico... ¡juro que tenía dientes!

Lo vi, lo vio Matías, ambos lo vimos con su enorme y única garra posarse sobre la pequeña y adolorida niña. Le vimos aterrados desde nuestro rincón, paralizados, le vimos que al estar bien cerca de su cara le dejaba su fétido aliento para comerse su alma.

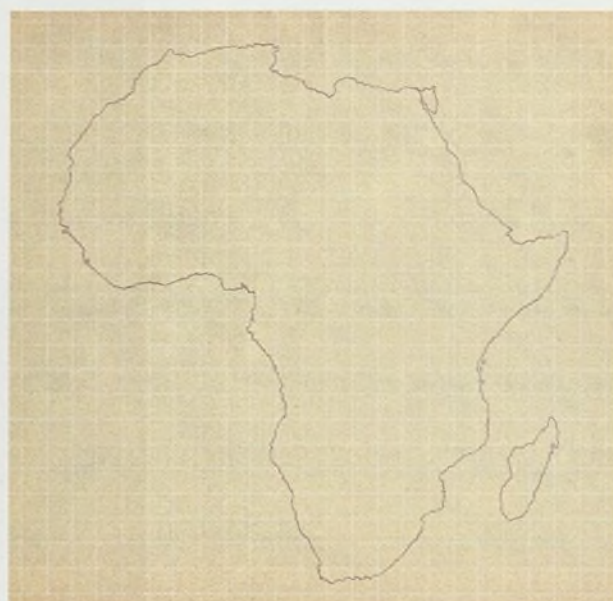
Era la pesadilla en vida, aquello que me atormentaba.

Ambos lo vimos y tomó su venganza por no poder llevarnos con él, nos siguió durante años y años, durante vida tras vida, aunque rezamos a la virgen noche tras noche seguía ahí en nuestras pesadillas, solo por haberlo visto y ahora lo sabía, ahora podía romper su maleficio.

Esfinge



Ilustración de Paula Edith



Distribución: Egipto, Grecia, una parte de Asia y Europa (a partir del Renacimiento).

Hábitat: Cerca de las pirámides en Egipto, y en la entrada de Tebas en Grecia (aunque los griegos señalaban que venía de fuera)

Alimentación: Carnívora, humanos.

Población: Según el mito griego: 1, presuntamente muerta.

Reproducción: Desconocida

Aspecto:

Cabeza humana, los tercios traseros de un león, y alas de águila. En los mitos griegos es femenina, mientras que las representaciones egipcias son masculinas

Famosa por:

El acertijo de la esfinge y su muerte por Edipo.

Esfinge

Autor: Josema Beza

El eco de sus propios pasos recorría el interminable pasillo. El gerente que la precedía apenas levantaba ni un solo ruido, mientras que ella parecía moverse con una armadura oxidada. Tras unos minutos interminables, llegaron a una puerta de seguridad. El gerente se detuvo ante una cerradura electrónica, utilizó una llave, una clave numérica y un sensor de huellas dactilares. La joven se sorprendió ante ese nivel de seguridad. A sus poco más de treinta años, no se había visto en otra igual. Y todo por la herencia de una familiar, la hermana de su madre, a la que hacía casi una década que no veía. Tía Ina había sido una mujer enigmática, independiente y que no había tenido descendencia. Durante años no se habían comunicado, aunque sí que había estado en todos los momentos importantes, de un modo u otro. La puerta se abrió con un chasquido metálico, dando acceso a una sala repleta de pequeñas cajas de seguridad. Ese ruido la hizo regresar al presente. El gerente la invitó a pasar y le solicitó de nuevo la tarjeta RFID que identificaba la que tenía asignada. Entraron en una habitación repleta de cajas de seguridad individuales. Era como una gran colmena de buzones, de diferentes tamaños. En una de las paredes había una puerta de cristal traslúcido. Tras aproximar la tarjeta a un lector, una de las puertecitas se iluminó. La pantalla central anexa al lector de tarjetas solicitó una clave alfanumérica. El gerente la miró expectante. Ella no entendía de dónde iba a sacar la clave. Entonces recordó el sobre que le dio el abogado el día de la apertura del testamento de Ina. Lo abrió, rompiendo el lacre que lo cerraba.

Dentro había una carta manuscrita y otro sobre cerrado de menor tamaño. En el interior de este estaba el ansiado código. Lo introdujo en el panel y la portezuela se abrió con un chasquido que resonó en toda la habitación e hizo dar un respingo a la joven. El gerente sacó de ese buzón una caja de metal y accedió mediante la puerta traslúcida a una sala anexa. Ella dudó durante unos instantes en seguirle y fue tras él. El espacio era pequeño y aislado. Estaba dotado de una mesa alta. El gerente depositó la caja sobre la mesa en la que había un par de guantes de látex, una libreta en blanco con el emblema del banco y una pluma.

—Disponga del tiempo que necesite —sugirió el gerente mientras se dirigía a la puerta para dejarla en intimidad—. La esperaré en la otra sala. Si necesita alguna asistencia, solo tiene que avisarme.

Nada más quedarse en soledad, la joven abrió la caja. En su interior solo había una vieja agenda y un lienzo enrollado. Ambas cosas parecían muy antiguas. Se colocó los guantes y tomó en primer lugar ese cuaderno. Parecía algún tipo de diario antiguo, escrito a mano en un griego bastante desfasado en el tiempo. Lo dejó a un lado y extendió el lienzo. En él se podía apreciar una ilustración que había perdido gran parte de su color, pero aun así se podía denotar la gran capacidad del artista que la había realizado. El dibujo mostraba un animal de leyenda junto a sus crías. Podría ser una esfinge y eso la sorprendió mucho. Ahora mismo no tenía nada claro qué era esto que tenía en sus manos, ni el porqué se lo habían legado a ella. Si no hubiera sido todo tan formal, el abogado, la caja de seguridad del banco... hubiera creído que se trataba de alguna clase de broma. Nada tenía mucho sentido, por lo que volvió a la carta con la esperanza de encontrar respuestas. Devoró su contenido una y otra vez, sin salir del asombro. Su tía le había dejado como legado un secreto familiar, una

responsabilidad con la historia y una verdad que proteger. Cogió el diario y comenzó a leerlo. Llegó a una parte que estaba mucho más desgastada que el resto. Estaba claro que esas páginas contenían ese secreto. Respiró profundamente y se preparó para perderse en los recuerdos de una época lejana, narrada por una antepasada suya.



Día sesenta y siete de la expedición

La desgracia sigue cebándose con nosotros. Tras el naufragio de hace unos días, la mayoría de los porteadores y rastreadores han decidido dejar la expedición. El dinero comienza a escasear y las pistas no hacen más que enfriarse. La última ha sido otro callejón sin salida. Creo que el éxodo de mis colaboradores seguirá ocurriendo si no encontramos a la mayor brevedad algo que inflame de nuevo nuestras esperanzas. Durante las cenas, varios grupos susurran palabras que no dejan en buena posición mi cordura. Esto es algo que me agravia de sobremanera puesto que fui muy clara sobre el éxito de la expedición. Supongo que los que ya me han dejado solo buscaban el dinero de mi familia y me consideraban una excéntrica adinerada a la que sacarle todo lo que pudieran.

Esta noche no estoy de buen ánimo. Espero que todo mejore porque hasta mi esperanza está mermando día a día.

Día setenta y dos de la expedición

Otra catástrofe más para poner en duda nuestra determinación, o más bien la mía. De los treinta y cinco expedicionarios que partimos de Atenas, solo quedan a mi lado los cuatro con una reputación más que cuestionable. Son unos

tipos que me dan escalofríos. Se mueven con demasiada soltura por los bajos fondos de cualquiera de las ciudades y pueblos en los que hemos tenido que detenernos. Siempre con contactos y consiguiendo cualquier permiso o salvoconducto que hemos necesitado. De todos ellos, Basil es el que más miedo me produce. No sé bien cómo explicarlo, pero su mirada tiene algo de salvaje, una tiniebla que la ensucia. No dudo que fuera capaz de hacer cualquier cosa para obtener lo que busque. Además, anoche hubo un incendio en mi tienda y las llamas devoraron gran parte de mis notas y mapas. No puedo dejar de pensar que pudieron ser Basil y sus chicos, aunque de ser así, no entiendo el fin de hacerlo a estas alturas. Ahora mismo solo puedo pensar en llorar. Tantos años de trabajo, de investigación, de perseguir historias de tradición oral, y un accidente se lo lleva por delante. Intentaré descansar y recuperar los ánimos.

Día setenta y cuatro de la expedición

¡He amanecido en soledad! No hay ni rastro de Basil o de sus chicos. Anoche, viendo que estaba muy baja de ánimo, me invitaron a cenar. Yo intenté declinar su invitación pero fueron muy persistentes. La verdad es que me llevaron a una posada muy tradicional con una comida casera y vino especiado. Conseguí dejar de compadecerme y disfrutar de risas y música. Creo que bebimos todos algo más de la cuenta y me acompañaron a mi tienda. Pero esta mañana, al despertarme, no escuchaba ningún ruido. Cuando salí de la tienda, el campamento estaba vacío. No quedaba nadie y todo estaba recogido con premura. He estado rebuscando en sus tiendas, en las pocas pertenencias que se han podido dejar atrás, pero ni una pista de dónde están ni hacia qué lugar se han ido. Estoy confusa, asustada y muy enfadada. No sé si llamar a las

autoridades aunque no tendría muy claro si puedo denunciar ningún delito. Intentaré calmarme y pensar en los siguientes pasos. ¿Regresar o intentar terminar la expedición? Y de ser así, ¿cómo hacerlo posible? ¿Aún dispondré de las fuerzas necesarias para reponerme y avanzar? No estoy segura de ser capaz a estas alturas.

Día setenta y cinco de la expedición

Cuando ya creía que estaba todo perdido y que tenía que regresar a casa con una enorme decepción y vergüenza, una pequeña esperanza me ha iluminado. En otra de esas revisiones del campamento, al no encontrar nada, tengo que admitir que me ha dominado la ira. Lo he pagado a punta-piés con uno de los baúles abandonados de estos traidores. Porque ya tengo claro que son unas sucias ratas inmundas. Bajo ese baúl, he encontrado mi salvación: uno de mis mapas. Entonces todo ha cuadrado en mi cabeza. Ese incendio fue intencionado para hacerme creer que se había perdido toda mi documentación, el trabajo de toda una vida. Pero en realidad, lo robaron y lo escondieron. Creo que van detrás de mi investigación porque, según mis notas, ya deberíamos estar muy cerca del hábitat de la criatura. Ciertamente es que son todo leyendas y conjeturas, pero en los mapas que he estado descifrando durante este tiempo, esta era una de las posibilidades más remotas. Algo deben saber esos ru-fianes para haber esperado hasta este momento para perpetrar tan vil traición. No sé si es la ira o la impotencia de que me pudieran llegar a robar el descubrimiento, pero he decidido seguirles. Bueno, en realidad, continuar con el camino marcado en el mapa. Entre sus pequeños apuntes y toda la información que aún se acumula en mi cabeza, creo que puedo deducir tres o cuatro posibles ubicaciones de la residencia de mi objetivo.

Día setenta y nueve de la expedición

¡Los encontré! Eso debería hacerme sentir feliz, orgullosa de mí misma, pero tengo dos grandes problemas. El primero de ellos y menos importante es: ¿qué hago ahora? ¿Les entrego a las autoridades? Antes de que pudiera hacer eso, seguro que se encargarían de mí. Y el segundo y mayor de ellos: lo han conseguido, lo he conseguido. Estamos frente al nido de la criatura. Tanto ellos como yo llevamos dos días observando una rutina increíble. Ningún texto ha hablado de la propia intimidad de tan fabulosa entidad. Lo que estoy viendo y documentando romperá todos los prejuicios que se tiene sobre ella. Estoy deseando saber más sobre sus costumbres. Eso sí, debo ser muy cautelosa porque si de algo estoy segura, es que los escritos antiguos y las leyendas sí que acertaron sobre su ferocidad. Es imponente vista desde la distancia. El temor que despierta te paraliza. Posee una belleza salvaje y terrorífica.

Día ochenta de la expedición

No podría ganarme la vida como espía, lo tengo claro. Ahora mismo soy prisionera de Basil y sus secuaces. Me descubrieron desde que llegué y me da la sensación de que podían haberme capturado desde el primer momento. Me han quitado el mapa y todo lo que traía, a excepción de este diario. Creo que no lo consideran nada de interés o de que no creo que regrese nunca a casa. Así que solo puedo disfrutar de tan magníficas vistas. Ellos se dedican a observar y anotar cada movimiento de la criatura. Traman algo, pero aún no he averiguado lo que puede ser. Solo me queda esperar, no tengo mucho más que pueda hacer.

Día ochenta y dos de la expedición

¡No está sola! La criatura no está sola. Tiene crías. Desde la distancia no puedo asegurar cuántas son, pero esto destroza la mayoría de las historias sobre ella. La esfinge es un ser familiar. Cuida y alimenta a sus crías. Es increíble, maravilloso. Aunque también es un descubrimiento triste. Ya sé que es lo que pretenden estos desalmados. Estoy intentando idear un plan para advertirla, pero temo por mi seguridad. Además, si ella nos descubriera, creo que no haría distinción entre estos monstruos y su cautiva. ¡No sé qué hacer!

Día ochenta y cinco de la expedición

No sé si podré terminar estas frases. Todo en estos últimos días ha sido una locura. Hace dos tardes, la esfinge salió en su búsqueda habitual de comida para su progenie. Ese momento lo aprovecharon Basil y sus pupilos para colarse en el nido e intentar secuestrar a una de las crías. No entendía muy bien para que me llevaban con ellos, eso sí, bien atada y amordazada. Cuando llegamos al nido, las pequeñas esfinges se pusieron a la defensiva. Ahí es donde entraba mi participación. Me abrieron una herida profunda en mi antebrazo derecho y me lanzaron hacia esas pequeñas fieras. Supongo que su intención era utilizarme de carnaza. No era un mal plan a priori, pero cuál fue su sorpresa cuando me ignoraron como comida y cercaron a sus indeseables visitantes. De pronto se vieron acorralados por cuatro esfinges muy enfadadas. Esas pequeñas zarpas y colmillos se cebaron con ellos. Tenían mucha más fuerza de la que cabía esperar de esos cuerpecillos. Los villanos se defendieron con todas armas y una de esas pequeñas cayó malherida debido a un machetazo de Basil. Un fuerte rugido nos heló la sangre. La

Esfinge había regresado. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, la cabeza de Basil rodaba por el nido. De un solo zarpazo, la enfurecida madre había dado cuenta del culpable. Nadie se atrevía ni a respirar. Con toda la ternura del universo, se aproximó a su retoño. Le tocó con delicadeza, pero no se movía. Recogió el cuerpo sin vida de su vástago y lo acunó. No sé si fueron lágrimas lo que vi brotar de sus ojos, o solo me lo pareció. Esa imagen se quedará grabada en mi mente toda mi vida. Y a eso llego ahora. No tengo muy claro por qué aún sigo con vida.

Tras acabar con el asesino de su cría, la esfinge se aproximó a cada uno de los chicos de Basil y se les quedó mirando. Es como si estuvieran iniciando una conversación, pero solo oía responder al villano. Tras su respuesta, la esfinge se deshacía, sin apenas esfuerzo, de él. Así fueron cayendo uno tras otro. Hasta que llegó mi turno. Noté la presencia de esa increíble criatura. Su mirada ahondaba en mi interior, rozando mi alma. Entonces, escuche una voz en mi cabeza. Era atronadora y aunque no hablaba en griego ni en ningún idioma conocido para mí, la entendí.

—El mundo llegará a su fin. —La voz de la esfinge estaba por todas partes—. ¿Qué será el culpable de su final?

Mi mente no estaba preparada para esa pregunta. Miré a mi alrededor y vi los cuerpos sin vida de los miembros de mi especie. Mi mirada se detuvo en la pequeña esfinge asesinada y envuelta con mucho cuidado en una hoja enorme. La respuesta vino a mi mente.

Día ciento veintiséis de la expedición

¡Al fin he llegado a casa! Ha sido la experiencia más intensa que he vivido o que viviré en mi existencia. Por esa razón, no voy a desvelar la existencia de la esfinge. Creo que es la única manera de que pueda vivir en paz. Pero esta vivencia

no puede quedar en el olvido. Espero poder transmitirla al miembro de mi familia de la próxima generación que considere más noble y con la fuerza de proteger este relato y seguir custodiándolo, pasándoselo al siguiente guardián del secreto de la esfinge.



Ilustración de Javier Sánchez

Fenghuang



Ilustración de Javier Blancas



Distribución: Asia Oriental

Hábitat: Desconocido, siempre alejado de los humanos solo aparece en eras de paz.

Alimentación: Se alimenta de hojas y semillas, y lo hace con cuidado para no dañar a las plantas.

Población: 1

Reproducción: Símbolo de la emperatriz que se empareja con el dragón símbolo del emperador.

Aspecto:

Cabeza de faisán dorado, cuerpo de pato mandarín, cola de pavo real, patas de grulla, boca de loro y alas de golondrina.

Famosa por:

No es un ser mortal, a diferencia del Fenix Europeo, no renace ya que no muere puesto que no es un ser físico. Simboliza los seis cuerpos celestes.

La elección de Fenghuang

Autora: Mireia de No Honrubia

Mi historia empezó en uno de esos altos rascacielos. Concretamente, en una azotea llena de cables y conductos de ventilación. Corría entre ellos, sorteándolos como obstáculos de una carrera en la que solo participaba yo.

No lloraba, ni estaba triste, ni me sentía mal por lo que quería hacer. Sin embargo, mi respiración estaba acelerada, casi tanto como mi corazón. Miré hacia atrás. Una enfermera salió, todavía más cansada que yo, por la subida de escaleras que habíamos salvado en tan poco tiempo y en ese momento se convirtió en una competición.

—¡Vuelve! —dijo mientras saltaba sobre uno de los tubos.

Vi a un médico llegar al terrado, también cansado, resollando.

Pero no me detuve, volví la vista hacia delante y no me importó que nadie quisiera que lo hiciera. Me subí al bordillo de un salto y me dejé caer al vacío sin un pensamiento de duda ni trascendencia. Simplemente quería morir. Y por un momento pensé que lo había conseguido.

Pronto, demasiado, quizá, noté que aterrizaba, pero no sobre el duro pavimento, sino en un lecho cubierto de plumas. Me pareció el cielo, hasta que me di cuenta de que todos mis sentidos seguían despiertos. Mis sensaciones eran demasiado terrenales: el aire, el fuerte olor y mis manos agarrándose inconscientemente a mi salvador.

En menos de un segundo empecé a procesar lo que veía. No me asía a las plumas amarillentas del lomo de la extraña criatura en la que ahora me daba cuenta de que había caído,

sino a unos pinchos violáceos que surgían del lomo, marcando su columna vertebral.

Hacía tanto que lo esperábamos que en un primer momento no creí lo que tenía delante. ¿Por qué Fenghuang me salvaría a mí?

Yo era tan pequeño en comparación que, al principio, no tuve miedo a caer, pero en cuanto miré abajo me asusté. La ciudad se veía diminuta desde allá arriba, casi parecía un mapa lleno de hormigas que se perdían en un movimiento que ni ellas entendían.

El momento había pasado, ya no quería morir. La euforia se había diluido, como siempre lo hacía, y esperaba que no volviera pronto. Pensé que si ocurría de nuevo, más valía que estuviera en el hospital y no a una altura letal sobre un ser desaparecido durante décadas.

Mientras surcamos el cielo me pregunté «¿por qué yo?» El Fenghuang no se preocupa por asuntos humanos. Por eso lo creían desaparecido. Pensaban que ya se había desligado de una monarquía que seguía esperando por él desesperada. Y, de repente, apareció en el barrio más pobre de la ciudad junto a un hospital decrepito y me recogió. A mí. ¿Por qué?

— ¡Bájame! — chillé agobiado.

No estaba muy seguro de la hora, pero hacía bastante que había desayunado y no podía quedar mucho para el almuerzo. Este dato habría sido irrelevante si no fuera porque necesitaba tomar mis pastillas. Podía dejar de tomar algunas y que pasaran días hasta que dejaran de hacer efecto, pero otras tenía que tomarlas sin falta si quería seguir con vida. Y en ese preciso momento, sí, quería.

No sé si valía la pena gritarle al Fenghuang. ¿Era racional? Eso suponía. Aun así, ¿le importaban mis razones a su mente mitológica? Pronto entendería que tenía sus propios planes y había esperado todos los años en los que había estado encerrado en ese hospital. Apareció en

el lugar indicado en ese momento de locura en el que yo había invadido su elemento, el aire.

Difícilmente estas cosas suceden por casualidad. Pero yo era muy estúpido o estaba demasiado asustado para verlo.

Por eso no consideré curioso que diera varias vueltas, surcando los cielos de la ciudad hasta empezar a bajar en dirección a la colina imperial. Rodeada por una imponente muralla, albergaba todas las dependencias de la familia y el gobierno, además de los edificios administrativos desde los que se movían los hilos del imperio.

Me costó, debo admitirlo. No llegué a la conclusión de que era el elegido hasta que el Fenghuang fue avistado desde los jardines acuáticos, donde se empezaron a reunir más y más personas vestidas en seda y algodón gris, propio del servicio.

Claro que había visto a la emperatriz. ¿Quién no? Recluido durante más de veinte años, no me había faltado la distracción de una pantalla de televisión y en ella solía aparecer la siempre triste monarca. Lucía decaída como su imperio, por la falta de un consorte que por tradición debía traer el mitológico Fenghuang. No obstante, este no apareció, no por decenas de años. No hasta que me dejé caer. No hasta que me eligió.

Supongo que debería de estar ilusionado por convertirme en nuevo consorte, feliz de sacar al país del estancamiento y quizá asustado por la presión de engendrar al futuro emperador, sin embargo, solo pensaba en mi medicación y en lo difícil que me resultaría conseguirla si me metía en el lío que bien parecía que ya me había atrapado.

No es que mi vida en el hospital fuera idílica, pero el personal médico me mantenía con vida. Y, aunque iba en contra de mi voluntad cuando mi manía se presentaba, lo agradecía enormemente en el momento que esta se disipaba.

Quería volver. Necesitaba sentarme de nuevo a esa mesa de madera llena de arañosos en la que una partida de dominó me esperaba.

No iba a contarle nada de eso al Fenghuang porque no me escucharía, de algún modo ya lo había asumido.

El ave bajó, seguro que de forma majestuosa, pero el aire de su aleteo era tan fuerte que tuve que cerrar los ojos y agarrarme con fuerza a los pinchos de su lomo y no vi nada hasta que por fin nos quedamos inmóviles, abrí los ojos y me encontré con decenas de personas vestidas de manera impecable, con los mejores tejidos y diseños, mirando como yo me recolocaba la camisa del pijama que se me había subido hasta el pecho tras el vuelo. Todas me miraban con los ojos como platos, algunas se habían arrodillado y creo que esperaban a que dijera algo.

Pero mi boca estaba seca —efecto secundario de la medicación o del miedo que había pasado ahí arriba—, así que no dije nada. Poco a poco me fui escurriendo para bajar, aunque no estaba seguro de querer hacerlo. Cuando toqué con los pies en el suelo, saludé con la mano, una bobada, por supuesto. Sin embargo, no había nada más que yo pudiera hacer para que aquellas personas reaccionaran. Su sorpresa era superior a la mía, y no me extrañaba. Después de tantos años, el Fenghuang había aparecido con un consorte para la emperatriz y seguro que, aunque habían tenido fe todo ese tiempo, negándose a casarla con cualquiera, ahora se preguntaban por qué no lo habían hecho ya. Se estarían ahorrando un pretendiente plebeyo. Yo pienso que les hubiera salido mejor.

Yo tengo una teoría, el Fenghuang tiene sus propios intereses y hay muchos que dicen que decidió abandonar al imperio por cómo estaban maltratando la naturaleza. Que yo estuviera allí podía ser una bendición, pero sé que muchos entendieron que el ave se reía de ellos desde el momento que alcé esa mano para decir “hola”.

De repente la paz producida por la sorpresa se vio quebrada por el resuello de alguien que se acercaba con sus ropas de seda arrastrándose por el camino de tierra.

La vi. Era mayor. No anciana. Simplemente, tenía mi misma edad y nunca me había parado a pensar en ello. Siempre veía imágenes de cuando era mucho más joven. Ahora seguía siendo hermosa y sonrió al verme. Una sonrisa genuina. Apartó a los presentes hasta llegar donde estaba yo y, aunque varios dieron un paso al frente con intención de detenerla, la emperatriz tomó mi mano y me miró a los ojos.

—Te he estado esperando.



Me vistieron de militar para la boda. Hacía cinco días que solo tomaba algunas de mis pastillas, ya que el médico imperial había decidido reducir la cantidad de medicación que me habían prescrito en el hospital. Eso me daba miedo, pero hasta el momento no había ocurrido nada.

La espada colgaba en mi cinto incomodándome, sin embargo, no me di cuenta de lo pesada que era hasta que me puse en pie. Empecé a andar por los pasillos de palacio escoltado por más de diez soldados vestidos con sus mejores galas.

Durante esos días me había dicho a mí mismo que no podría haberme pasado nada mejor, al fin y al cabo estaría protegido, no me dejarían salir de la colina imperial y a cambio solo tenía que engendrar un heredero. Ese lugar podía ser igual de seguro que el hospital, o incluso más, ya que al final había conseguido huir aprovechando el despiste de una enfermera. ¿Qué estaría pensando esa enfermera mientras veía en la tele la boda imperial?

Seguí todos los pasos: pedí la mano de la emperatriz a sus tíos, puesto que sus padres no vivían, participé en la ceremonia del té, aunque seguramente mal y juré obediencia y lealtad al imperio, antes de entrar en el salón del Fenhuang.

Era una estancia que en lugar de cuatro solo disponía de tres paredes. Estaba abierta al jardín y ahí estaba

el Fenhuang en todo su esplendor, majestuoso. Estuve a punto de saludarlo, pero nadie me dijo que eso fuera protocolario, así que no hice el gesto y aparté la mirada. Entonces es cuando me di cuenta de que el resto del salón estaba abarrotado. Por muy grande que este fuera, había demasiada gente. Mi corazón empezó a bombear con prisa y mi cerebro a ir por derroteros peligrosos.

No me moví. No debía hacer nada sin una instrucción expresa, así que esperé a que la emperatriz, mi futura mujer, entrara en la sala con un atuendo azul oscuro salpicado de puntos a modo de estrellas que me deslumbró casi tanto como su belleza.

Mi cabeza se quedó en blanco después de aquello y seguí con el ritual por inercia. Ambos avanzamos hasta quedar en el centro de la comitiva y el Fenhuang cantó, o más bien graznó.

No pude evitar reírme y empezar a moverme con inquietud. Estaba ocurriendo y no podía darme más igual.

La emperatriz me miró extrañada, pero siguió leyendo de un rollo de papel:

—Prométeme pleitesía y yo te daré mi vida; regala al imperio tu descendencia y yo me entregaré a ti en cuerpo y alma.

Se quedó en silencio, esperando respuesta. Yo ya no me acordaba ni de que tenía que decir algo, pero tras repetirme para mí las últimas palabras “cuerpo y alma, cuerpo y alma, cuerpo y alma...” me reí, le sonreí con picardía y de un tirón, sin que ninguno de los presentes lo esperaran saqué la espada que debía de haber reposado hasta el final de la ceremonia en su funda. Algunos soldados hicieron lo mismo, pero la mayoría solo exclamaron con sorpresa.

—Te doy mi cuerpo —dije riendo, como si fuera una broma, porque para mí, lo era—, te doy mi alma.

La espada era larga y no pude clavármela en el estómago cogiéndola del mango, así que agarré la hoja, cortándome las

ve
ra
a.
ón
ía
i-
k-
er,
de
to
e-
e-
ás
e-
de
a-
a.
ne
ne
a,
n,
t-
o-
la
o-
go
as

palmas mientras hundía aquella arma en el centro de mi ser. Caí con una sonrisa enorme en el rostro. ¡Qué broma! Y sabía que aunque la hubiera ejecutado yo, no era mía, era del Fenghuan. El imperio se había cargado su territorio con contaminación y talas indiscriminadas y mofándose de este modo les decía de una vez y para siempre que jamás tendrían un nuevo heredero, legitimado por un ser ancestral.

Tras la muerte de la emperatriz, que moriría sin descendencia, no habría nadie digno de ocupar el trono y el imperio se extinguiría por fin.



Grifo



Ilustración de Pablo Rodríguez



Distribución: Va desde las islas Griegas, las zonas ocupadas históricamente por el Imperio Persa y Egipto.

Hábitat: Montañas, un autor del siglo XII teoriza que utilizaban las cuevas para poner sus huevos.

Alimentación: Carnívora.

Población: Desconocida.

Reproducción: Ovípara, la hembra pone 3 huevos por puesta, y se les considera una especie monógama, que puede llegar a suicidarse si su pareja muere.

Aspecto:

Cuerpo, cola y patas posteriores de león; cabeza, alas y patas delanteras de águila.

Famosa por:

Considerado el rey de todas las criaturas (león rey de los animales, águila reina de la aves). También se le conoce por proteger tesoros.

Grifo

Autor: Hugo Torres

Con solo tres meses de vida me convertí en el encargado de vigilar las minas de oro encomendadas a Apolo en el nores-te de la Hélade. Estaba solo, no contaba con ningún compañero por deseo del dios, quién veía con malos ojos el fuerte apego emocional que los grifos desarrollamos con otros miembros de nuestra especie.

Era muy joven, pero aun así sabía mi historia. Mis padres fueron de los primeros grifos en llegar a estas tierras bajo el dominio de Apolo. Sin saber a lo que se iban a enfrentar, decidieron asegurarse de tener prole en el territorio. Escondieron 3 huevos en una cueva que les pareció segura y después volvieron corriendo ante el dios domador para recibir órdenes. El problema vino junto a sus funciones como guardianes. Los arimaspos, seres humanoides de un solo ojo, cruzaban la frontera norte de la Hélade para hacerse con todo el oro que pudieran y los grifos habíamos sido designados como guardianes de las minas. Aquellos cíclopes de tamaño reducido no solían suponer un problema para los grifos más grandes y fuertes, pero sí que eran capaces de matar a algunos y saquear el oro que protegían. Mis padres eran formidables, pero no infalibles. Cuando un grupo de exploradores arimaspos descubrió mi escondrijo y el de mis hermanos, se ordenó un ataque para exterminarnos. Mi madre murió defendiéndome y mis hermanos no huyeron lo bastante rápido. Al final solo quedé yo, pues mi padre se suicidó tras asimilar que la había perdido.

Apolo me mostró raudo la parte del territorio que estaría bajo mi jurisdicción. No le importó en ningún momento que yo tuviera la mitad de fuerza y tamaño que un grifo adulto.

Él solo tenía en mente volver a sus cómodos y dorados aposentos del Olimpo.

No necesitaba proteger el oro, podía crearlo con sus propias manos. Sin embargo, ansiaba mantener las ofrendas de sus devotos, quienes llegaron a exigirle protección para las minas. Así que, en lugar de encargarse él mismo, decidió domesticar a parte de una raza, ajena a sus propios dominios, para que lo hicieran por él. Para que murieran por él.

Los primeros meses fueron un infierno. Los arimaspos llegaban sin cesar y yo debía repelerlos usando cada artimaña disponible y cada parte de mi cuerpo que aún pudiera moverse. Todo lo que no fuera eso se tornaba insuficiente. Fue un milagro que consiguiera llegar hasta la edad adulta. Mis alas estaban llenas de cicatrices, mi pico había perdido algunos fragmentos y mi plumaje no brillaba como el del resto de mi raza. Pero seguía vivo, eso era lo que importaba.

Los trabajadores de las minas que frecuentaba comenzaron a llevar amuletos y colgantes de madera, todos ellos con grabados y dibujos que me mostraban. Me consideraban su protector a pesar de que compartían cicatrices conmigo, puesto que no siempre podía llegar a tiempo. Dejaban comida en la entrada de mi guarida a pesar de que a ellos nunca les sobraba. Volví a sentir el amor que, durante un corto periodo de tiempo, pudieron darme mis padres.

Cierto día, tras una época de paz considerable, Apolo se interesó por el estado de las minas. No penséis que lo hizo por deseo premeditado. Se acordó de casualidad tras ver como un hombre harapiento dejaba una pobre ofrenda en su templo. Me miró desde los cielos, observando mis cicatrices, mi piel arrugada y mi desgastado pico. Se marchó sin decir una palabra, atragantándose con la mirada por culpa de las jugosas ofrendas que tenía entre manos.

Cuando los arimaspos no atacaban, mi vida no era precisamente un infierno. Contaba con el amor que me profesaban

los mortales, con comida, un refugio y tiempo libre para explorar (eso sí, siempre dentro de los límites de mi territorio). Pero nunca sería libre, nunca podría abandonar las minas ni buscar a los míos. Siempre sería una ficha más en el tablero de otro dios perezoso.

Unas semanas después de la visita de Apolo, los arimaspos volvieron a atacar. Esta vez, casi un millar. Sabían que estaba solo y yo sabía que no podía repelerlos. Descendí hasta donde estaban los mineros de la mina más cercana a mi cueva. Fue entonces, al verlos por fin de cerca, cuando me di cuenta de que ellos también eran esclavos. Batí mis alas para indicarles que se amontonaran en la gran tienda en la que dormían y elevé la tienda con ellos dentro. Crucé la frontera y los alejé del peligro mientras los asaltantes robaban todo el oro que cabía en sus carros.

No quería volver a ese lugar, tampoco seguir arriesgando mi vida para beneficio de un bufón inmortal, así que volé hasta el territorio de otro grifo y, cuando supe que tenía su mirada fija en mí, cerré mis alas y dejé que la gravedad se encargara del resto. Antes de cerrar los ojos por última vez, observé como mi compañero, tan lleno de cicatrices como yo, salía volando. Estaba dispuesto a compartir el mensaje. <<Si vamos a morir, que sea por nuestra propia mano>>.

de profetas y oráculos, un estudio y tiempo ilimitados
dejar (eso sí, siempre dentro de los límites de mi territorio)
de un mundo oculto, un mundo que sólo se manifiesta
en los momentos de crisis, cuando el alma se agita y
busca respuestas que sólo ella puede dar. En esos
momentos, el alma se vuelve hacia el interior y busca
la verdad que sólo ella puede dar. En esos momentos,
el alma se vuelve hacia el interior y busca la verdad
que sólo ella puede dar. En esos momentos, el alma
se vuelve hacia el interior y busca la verdad que sólo
ella puede dar. En esos momentos, el alma se vuelve
hacia el interior y busca la verdad que sólo ella puede
dar. En esos momentos, el alma se vuelve hacia el
interior y busca la verdad que sólo ella puede dar.

Un día, tras una época de paz considerable, Apolo se
interesó por el estado de las minas. No pensó que lo hizo
por deso premeditado. Se acordó de casualidad tras
ver una estatua en un templo que parecía ser un templo
de Apolo. Me miró desde los cielos, observando mis cicatrices,
mi piel arrugada y mi desgastado pelo. Se marchó sin decir
una palabra, arrojándome con la mirada por culpa de las
fugosas ofrendas que tenía entre manos.

Cuando los criminales no atacaban, mi vida no era precisamente un infierno. Cortaba con el amor que me profesaban

Hipogrifo



Ilustración de Juan Sánchez



Distribución: En el Rosellón, el sur de Francia.

Hábitat: Bosques y praderas.

Alimentación: Omnívora, puede comer hierba fresca y pequeños mamíferos.

Población: Desconocida.

Reproducción: Ovípara, suelen construir un gran nido de paja y ramas en algún árbol o ladera pronunciada.

Aspecto:

Mitad caballo mitad águila. Cabeza, alas y patas delanteras de águila, el resto de caballo.

Famosa por:

Ser representado comúnmente en el arte, desde escudos hasta cuadros. La supuesta representación más antigua del hipogrifo habría sido encontrada en las islas Baleares.

Sipogrifo

Autor: Josema Beza

El sol iniciaba ya su descenso, marcando el fin de una jornada agotadora. Belmont se secó el sudor de la frente y depositó el último tocón en el carro. Había dedicado todo el día a diversas tareas, cada una más extenuante que la anterior. Se acercó a su compañera mientras ésta pacía recuperando fuerzas y la palmeó con fuerza en los cuartos traseros. Ahora iba a comenzar la parte más exigente para ella.

—Aude, ahora te toca a ti.

Con mucho cariño y paciencia, arrancó a la mula del que había sido su descanso y la aproximó al carro. El animal era ya uno más de la familia. Llevaban muchos años juntos y habían sufrido las peores épocas de hambruna, la muerte de su mujer... ¡No quería pensar lo que haría cuando el tiempo juntos llegará a su fin! Con un capón con el hocico, Aude solía responder al veterano campesino cuando le ponía los enseres para tirar de ese carro que debería llevar muchos años jubilado en forma de leña.

—¡Auch, qué bruta que eres! —se quejó mientras le devolvía el golpe con su propia cabeza.

Tras esos juegos entre ambos, consiguieron ponerse en camino. Les tocaba atravesar un pequeño tramo del bosque y, si no se daban vida, les pillaría la noche antes de llegar a las afueras del pueblo, donde tenía su humilde granja. Durante el camino de regreso tuvieron que retirar unos troncos que les bloqueaban el paso y sacar una de las ruedas de un pequeño agujero en el suelo. Parecía que el bosque no quería dejarlos salir. Aude resoplaba y Belmont aun más. Llegaron a un claro y, con un simple cruce de miradas y

resoplidos, decidieron descansar unos instantes. Belmont soltó de su prisión a su compañera y se sentó en lo que quedaba de una cerca con un poco de bebida y algo para masticar. La mula buscó un poco de hierba que no estuviera totalmente seca. El campesino no podía más que sonreír, mientras miraba a su compañera ir de aquí para allá, buscando qué echarse al hocico.

—Muy cansada no pareces, Vieja Aude. —La mula le miró unos segundos y regresó a su búsqueda.

De repente, la cabeza del animal se irguió, mirando a la espesura que estaba a la espalda del campesino. La expresión de su rostro pasó de la curiosidad al terror en tan solo un instante. Una inmensa sombra atravesó un grupo de árboles, partiéndolos por la mitad y lanzando ramas por todos lados. La figura se estrelló muy cerca de la mula que seguía congelada del susto. El impacto hizo temblar el suelo y el campesino también perdió el equilibrio, dando con sus posaderas en el duro suelo del claro.

—¡Pero qué demonios ha sido eso!

El claro se llenó de polvo en suspensión, evitando que el campesino pudiera localizar a su querida compañera. Un ruido de cascos y gritos se aproximaba desde la dirección en la que había llegado ese proyectil sin identificar.

—¡Aude! ¿Dónde estás?

El polvo comenzó a depositarse en el suelo y la imagen del claro comenzaba a tener definición. Una inmensa criatura trataba de zafarse de algún tipo de red o de aparejo como de pesca, que la tenía trabada sus extremidades delanteras y sus alas. Sí, eso es lo que eran, dos inmensas alas de águila.

—¡Santo Camino del Pozo de la Perdición! ¿Pero qué estoy viendo?

El campesino apenas podía dar crédito a lo que tenía delante. Se trataba de un ser mitológico, una leyenda, un cuento que se narraba a los niños en su infancia, pero ahí estaba.

Levantado sobre sus portentosas patas traseras similares a las de un caballo de batalla, e intentando con sus monstruosas garras y terrorífico pico liberarse de sus ataduras, estaba un ave sacadas de los libros de caballería, de fantasía, de cantos de juglares: un hipogrifo.

A pocos metros de esa criatura, la mula seguía totalmente bloqueada ante su visión. El campesino no paraba de llamarla para intentar hacerla reaccionar, pero en vano. Él tenía una lucha interna por acercarse, pero el temor a la leyenda le había adormecido su capacidad de moverse. Era como intentar caminar contra la corriente de un río. A su espalda llegaron los causantes de los gritos, una partida de guardia del señor de la zona. Eran tres jinetes sobre sus respectivas monturas, negras azabache. Uno de ellos portaba una especie de catapulta de pequeñas dimensiones en la que estaba enrollando unas boleadoras muy similares a lo que trababan las alas del hipogrifo. Los otros dos jinetas, que portaban unas alabardas peculiares, se situaron a los flancos de la criatura. Ninguno de ellos reparó ni en el campesino ni en la mula, o al menos, no hicieron nada que lo indicara.

La lucha de aquella increíble bestia seguía y había conseguido zafar una de sus alas, pero aún no podía levantar el vuelo. La llegada de sus perseguidores hizo que disminuyera los forcejeos para prestarles algo más atención. Sus ojos barrieron todo el claro en un momento. Cuando se cruzaron con los del campesino, tan solo un breve instante, una sensación de majestuosidad, de estar en presencia de un ser superior, casi divino, le colmó el alma. El dolor de esa criatura era el suyo propio. Y eso mismo debía de estar sintiendo Aude, tal y como comenzaba a pifiar y corcovear muy excitada.

El jinete de la pequeña catapulta parecía que ya había terminado de preparar su próximo lanzamiento. El hipogrifo parecía preverlo e intentó alzar el vuelo, pero las alabardas trabaron las pesas de las boleadoras impidiéndoselo. Los

caballos intentaron frenar los movimientos al que les empujaban sus jinetes y no salir volando junto a su presa. Lo lograban con mucho esfuerzo, recuperando cada palmo de su retaguardia, paso a paso. La catapulta ya estaba lista y preparada para el lanzamiento.

De repente, la mula se lanzó al galope contra el jinete que iba a realizar el lanzamiento de las siguientes boleadoras. Como si se tratara de un ariete, arremetió contra el lomo del caballo de batalla, desequilibrando a su montura y haciéndolo errar en su disparo. Las boleadoras acabaron enrollándose en el tronco de un árbol cercano a la criatura. En ese instante, la partida de caza se reparó tanto en la mula como en el campesino.

—¡Alejaos! Estamos en una misión oficial del reino —advirtió uno de los alabarderos.

Con el impacto, la catapulta cayó al suelo, cerca de donde estaba la vieja mula. El campesino aun no salía de su asombro. No había visto galopar a su vieja amiga nunca. No se trataba de un animal rápido, fogoso o violento. Sin embargo, entendió perfectamente el porqué de ese arrebató de ira. Tras tantos años juntos, eran capaces de compartir lo que sus cabezas tenían. Eran muchos días solos, sin más compañía que el uno a la otra. Una idea se le cruzó por la mente. Sabía que le iba a causar muchos problemas, pero tenía que ser, al menos, tan valiente y osado como su querida Aude.

—¡Aude! Patea ese trasto del demonio —gritó mientras señalaba el arma perdida.— Destruye.

Los soldados no fueron capaces de reaccionar a tiempo. Las patas de la mula impactaron una y otra vez ante la atenta mirada estupefacta de los jinetes. La criatura no perdía detalle de esa inesperada ayuda.

—¡Maldita mula del demonio! —escupió el jinete descalbado mientras asía su ballesta de mano. Con un fluído movimiento apuntó y disparó al equino, impactando en su lomo

—¡Noooo! —La desesperación del campesino llenó el claro.

La vieja mula recibió la saeta y cayó sobre sus patas delanteras. La criatura, viendo la caída de su defensora inesperada, recobró las fuerzas y en un par de forcejeos, logró liberarse de sus captores. Estos cayeron de sus respectivas monturas, perdiendo sus armas en la caída. El hipogrifo y el campesino convergieron sobre el equino malherido. El miedo que antes sentía en presencia del mito había desaparecido. Solo podía pensar en el bienestar de su compañera del alma. Por su parte, el hipogrifo se interesó también por su salvadora, acariciando con cuidado la cabeza con su impresionante pico. Belmont le dedicó una mirada de profundo agradecimiento a esa impresionante figura.

—¡Apartaos del monstruo!

—¡Esto os costará caro! Estamos en misión del Rey y vuestro destino será el calabozo o la muerte.

Belmont se levantó y se giró hacia sus instigadores. Su mirada se endureció y agarró con fuerza el azadón que estaba tirado a unos pocos pasos de su posición. Mientras los dos alabarderos se acercaban a sus monturas en busca de sus espadas, el ballestero comenzaba la ardua y lenta labor de cargar una nueva saeta. Con un intercambio de miradas entre Belmont y el hipogrifo, se inició un ataque sincronizado. La inmensa criatura, en apenas unos instantes, se plantó delante de los alabarderos y sus caballos, mientras que el campesino inició una pequeña carrera en dirección al otro soldado. Nada más estar a su altura, le asestó un garrotazo con el azadón en plena cabeza, dejándolo inconsciente en el suelo. Se arrodilló a su lado y le arrebató el arma, lanzándola fuera del claro.

—Maldito hijo de un puerco —dijo mientras regresaba junto a su compañera.

En el lado del claro, la victoria de la criatura estaba clara. Uno de los jinetes estaba tirado en el suelo con el vientre

abierto y en una postura antinatural. El otro a duras penas esquivaba los zarpazos, reculando e intentando buscar una salida. Era un espectáculo hipnótico ver la gracia de los movimientos de un ser de ese tamaño. El baile duró poco y acabó con otro de los jinetes viajando a la tierra de los muertos. Las monturas huyeron viendo el destino de sus jinetes. La batalla había terminado.

Lo único que se oía en el claro era la trabajosa respiración de la mula. Un charco de sangre espesa se había formado junto al equino. El campesino ya estaba a su lado, intentando calmar a la que había sido su compañera durante tanto tiempo. Las palabras salían regadas de abundantes lágrimas. El hipogrifo también se acercó a esa extraña pareja tan entregada que parecía que no hubiera mundo más allá de ellos. Con un profundo suspiro, cesó la respiración de Aude. Belmont se lanzó al cuello de su amiga, abrazándola con fuerza. Su cuerpo no dejaba de temblar y el campesino se entregó a ese dolor. La inmensa criatura les dejó un tiempo prudencial, mientras miraba la escena impertérrita.

Cuando el llanto del campesino se fue moderando, el hipogrifo se aproximó. Una sombra se proyectó sobre Belmont y Aude. Este se tornó y miró a ese ser por el que había perdido la vida su compañera. No había rencor en su mirada. Tanto la mula como el mismo, habían actuado del único modo que podían haberlo hecho, siguiendo sus principios hasta el final. El hipogrifo acercó el pico a la testa del equino y le dio unos leves golpes en señal de agradecimiento. Belmont se puso en pie y se encaró directo al ave. Con un movimiento de cabeza, agradeció ese gesto. El hipogrifo se centró en ese humano que le había sorprendido y, con un movimiento de su cabeza, arrancó una de sus plumas y se la tendió a Belmont. Este la tomó maravillado y al levantar la cabeza, vio como ese mito viviente alzaba el vuelo.



El cuchillo de trinchar se había quedado a solo un movimiento del cuello del aventurero. Sus posaderas descansaban en el suelo de madera, mientras que su mirada no podía apartarse de los brillos que la chimenea sacaba de ese filo. Quien lo asía con esa pericia no era otra que Aude, la dueña de la taberna La Pluma del Hipogrifo. El rostro de la tabernera era un pozo de ira. A duras penas se podía contener y, en cualquier momento, podía terminar el movimiento y cercenar el cuello de ese osado cliente. El resto de los comensales del negocio observaban la escena. Unos, los habituales, con una media sonrisa, otros, los nuevos, escandalizados pero sin demasiadas ganas de intervenir.

—Este hogar solo tiene tres normas fundamentales — advirtió Aude.

En el local solo se oía el crepitar del fuego. Todos prestaban atención a la situación y a las palabras de la responsable de servirles cada noche. La taberna había pasado de generación en generación, siempre con una cerveza más que decente, un buen vino y guisos caseros. Eso sí, el carácter brusco también había pasado a cada uno de sus propietarios y Aude era un claro ejemplo.

—No se fía a nadie. Todos pagan.

Mientras decía esas palabras, la hoja del cuchillo se balanceaba cerca del rostro asustado del cliente. Este no se atrevía ni a respirar. Apenas entendía lo que había pasado. Unos instantes antes estaba echándose unas risas con un par de amigos cuando, de repente, había caído al suelo y tenía un filo a punto de afeitarle el rostro.

—No se sirve nada a la Guardia Real.

El cuchillo se alejó al fin de la cabeza de ese desdichado y torpe cliente no habitual, mientras la tabernera se aproximaba

a una especie de cuadro que estaba en una columna cerca del acceso a la cocina. Se detuvo junto a él. Se trataba de una pluma de grandes dimensiones, aprisionada entre dos cristales que la mantenían alejada de las manos indiscretas, del polvo y del paso del tiempo.

—Nadie niega la existencia de los hipogrifos ni cuestiona el origen del legado de mi familia.

Sraesvelgr



Ilustración de Carmen Lunnely



Distribución: En el Norte, en el fin del mundo, puede ser visto por Islandia.

Hábitat: Hielo.

Alimentación: Omnívora.

Población: 1

Reproducción: Desconocida a imposible. Los Jötunns brotan de Ymir de una forma asexual, y muy probablemente sea el mismo tipo de reproducción.

Aspecto:

Es un gigante que adopta la forma de un águila.

Famosa por:

Sentarse en el fin del mundo y provocar vientos agitando sus alas

Hræsvelgr

Autor: Hugo Torres

Ni siquiera el propio Hræsvelgr sabe cómo llegó a donde está. Solo recuerda el miedo y la gran huida. La desbandada de los Jötnar que se encontraban en Midgard, la tierra de los mortales.

Cuando Thor, animado por su padre Odín, apareció para darles muerte a todos los Jötnar que encontrase en Midgard, la sangre se vertió tan rápido por la tierra que creyeron estar viendo la caída del gran Ymir, aunque ninguno estaba vivo para presenciarlo en aquel entonces. La carnicería fue totalmente implacable a pesar de estar hecha por un solo dios. Se sucedía a lo largo de los meses, cada vez que Thor encontraba a uno de ellos. No pudieron salvarse ni los Jötnar que se ocultaban entre los humanos aprovechando su pequeño tamaño. Tampoco los pocos que tenían la forma de otras criaturas o podían adoptarla a voluntad. El Mjölfnir, el implacable martillo de Thor no dudaba y mucho menos fallaba durante las patrullas de su amo. Cuando su objetivo estaba muerto, volvía a la mano de Thor.

Todos los sobrevivientes —los pocos que quedaron— volvieron a Jötunheim, su tierra, de la mejor forma que pudieron encontrar. Sin embargo, el pobre Hræsvelgr ya había batido sus alas en retirada mucho antes de que la vuelta a Jötunheim fuese siquiera una idea.

Había llegado al mundo con forma de águila, quizá por influencia de Midgard, y cuando los truenos empezaron a abalanzarse sobre todos los suyos, fue el primero en enterarse. Las pocas nubes que había sobre él se volvieron negras como el carbón, pero el negro no duró mucho, pues la luz

de los centelleantes ataques de Thor hizo que toda la manzanza y la destrucción pareciera una escena diurna. Pensó en descender, en abandonar su lugar seguro para ver qué era lo que estaba pasando, pero esa idea suicida fue completamente eliminada de su mente nada más escuchar los gritos y súplicas de voces conocidas, rogando por su vida con tantas ganas que el sonido cruzaba toda la altura que los separaba.

Solo pensó en huir.

Voló por todo Midgard sin ningún tipo de descanso, evitando a los humanos y a los dioses de igual manera. Solo se dirigía hacia el norte, hacia tierras en las que los mortales no pudieran vivir por culpa del frío. Sus plegarias y ritos no atraerían a los dioses a aquel lugar. Quería pensar que allí estaría seguro, que los truenos de Thor no podrían calcinarle las alas y que su martillo no podría volar tan lejos. Así que cerró los ojos, pensando únicamente en mantener el vuelo y en mantenerse alerta. Cada corriente de aire pasaba por sus plumas, cada alteración, podía significar un peligro, podría ser la presión que generaba el martillo de Thor surcando los cielos o quizá no serlo. Quizá el señor del trueno estaba dirigiéndose hacia él, quizá no. No lo sabría hasta estar cerca de recibir el impacto fatal.

Al fin vio la tierra. Una gran isla grisácea y negra se mostraba ante él regurgitando lava desde sus adentros. Era un lugar caótico, definitivamente solitario, pero no era suficiente. Hræsvelgr quería frío, el frío que tanto odiaban los dioses. A ser posible, quería el frío de Niflheim y la soledad de Helheim. Que ni los asgardianos pudieran sobrevivir a las gélidas temperaturas de su refugio y solo quedasen el sonido del viento y su respiración. Siguió avanzando y dejó atrás aquella isla de ceniza. El estrés y la ansiedad empezaban a notarse en Hræsvelgr. Algunas de sus plumas se habían desprendido y la piel que quedaba al descubierto se arrugaba ante el frío. Llevaba semanas sin notar signo de

peligro alguno. Así que, por fin, pensó que era el momento de descansar, de establecer su refugio.

Se posó en unas enormes rocas que descansaban sobre el fondo del océano, pero su tamaño era tal que podían confundirse con una montaña en los días de niebla. Plegó sus alas y notó el dolor en los músculos, resentidos por las semanas de vuelo. Miró al horizonte para contemplar la nada. Las olas que no tenían rocas contra las que chocar más que las que le servían de apoyo a él. El viento que no encontraba la dirección adecuada y se revolvía por todas partes.

Solo había paz y hielo pegado a las paredes rocosas. Hræsvelgr consiguió al fin dormir.

Se despertó del sueño cuando un gran sonido le atravesó los oídos. Provenía de sus espaldas y sonaba como la madera siendo devastada lentamente pero con ferocidad. Supo perfectamente dónde se encontraba en cuanto giró el cuello para mirar hacia atrás. Era una parte del cuerpo de la gran Jörmungandr, la serpiente que rodeaba los confines del mundo hasta alcanzar su propia cola. Estaba en el fin del mundo. Nadie iría a buscarle allí y eso lo tranquilizaba.

Poco duró esa tranquilidad.

El hecho de estar en el fin del mundo no elimina las tormentas naturales, los rayos deseosos de salir de las nubes. Las tormentas se formaban cerca de Hræsvelgr y él solo podía recordar la catástrofe. Con cada nube que se tornaba más gris de lo normal, su mente se veía inundada por los gritos de los suyos, por lo negro de las nubes y también la sangre. Con su veloz huida, no había visto directamente como Thor asesinaba a algún Jötunn, sin embargo, de alguna manera, visualizaba perfectamente los ríos de Midgard teñidos de rojo y las flores creciendo sobre la sangre. Pero lo peor de todo era que, con cada tormenta que veía, incrementaban las posibilidades de que aparecieran el Mjölfnir y su macabro portador.

No podía soportarlo.

Batió sus alas tan fuerte que no quedó nada en el cielo cercano. Hasta Jörmungandr se movió como reacción a tal poder. Las corrientes que provocaba habrían sido capaces de hacer retroceder al mismísimo Odín y su magia.

Así permaneció Hræsvelgr. Confinado en el fin del mundo, deseando que aquello fuera suficiente para que Thor no apareciera buscando su sangre y batiendo sus alas ante cualquier indicio de ello.

Si bien ningún ser corpóreo podía acercarse a Hræsvelgr cuando decidía crear torrentes de viento, la cosa cambiaba en la lejanía. La potencia inconcebible de sus alas se transformaba en un viento fuerte en algunas partes de Midgard y en una agradable brisa en otras.

El miedo incontrolable de aquel Jötunn, encadenado por el terror al mismo borde de la tierra y el agua, se había convertido en las brisas, los vientos y las ventiscas de Midgard.



Suma



Ilustración de Juan Álvarez



- Distribución:** Asia.
- Hábitat:** El cielo, nunca se posa.
- Alimentación:** Desconocida.
- Población:** Desconocida.
- Reproducción:** Igual que el fénix, se prende fuego cada cierto tiempo. Igual que el Fenghuang posee una parte femenina y una masculina.

Aspecto:

Se le describe como un ave del paraíso. Con 1 ala y 1 pata siendo femenino, y la otra mitad masculina. Su aspecto es similar al de un quebrantahuesos ya que Homa es el nombre de esta ave en diversos dialectos.

Famosa por:

Si dice que ver a un Huma comporta 40 años de buena suerte, y que es imposible capturarlos. Presuntamente, las plumas de los turbantes de los sultanes eran de Huma, indicándolos como una elección divina.

Suma

Autor: Fran Valle Brozas

—El djinn, vanidoso, transformó su enorme cuerpo en humo, pues era un espíritu del aire, y como si de una tormenta de arena se tratara, se metió en la pequeña botella de cristal azul, encajando toda su esencia en aquel reducido espacio, tal y como había presumido que era capaz de hacer.

Una ráfaga se coló a través de la celosía, como si el propio djinn hubiera decidido acudir al lugar a escuchar su historia. Por la mañana, el viento en la ciudad era cálido y áspero debido a las pequeñas partículas de arena que arrastraba del desierto. Pero por la noche era fresco, y la pequeña Shade se arrebujó en sus sábanas en cuanto la fría brisa rozó su piel. Fuera, las estrellas brillaban, y en la calle sólo se oían los distantes pasos de los últimos rezagados que volvían a sus casas. La habitación olía al incienso que su padre había encendido para velar por sus sueños, y su aroma dulzón se entremezclaba con el regusto a miel que le había dejado el pastel que había robado en la cocina mientras su padre la buscaba por toda la casa para meterla en la cama.

—Y así fue como Al-khalid engañó al djinn, y en cuanto el ser estuvo en la botella, Al-khalid cogió el tapón y la cerró, aprisionando al djinn en su interior. Después de lacrar el cierre, arrojó la botella al mar, y del djinn nunca se volvió a saber —concluyó su padre, que leía sentado junto a su cama. La visión del hombre se oscurecía cada vez que los párpados de la pequeña caían por su propio peso—. Creo que es hora de dormir, pequeña Shade. —Así es como él la llamaba, y oírlo de sus labios le hacía sentir tranquila.

—Sólo un cuento más —replicó Shade, que sin embargo no pudo reprimir un bostezo.

—Mañana tendrás todos los que quieras —dijo su padre, para a continuación besar su frente. Al tenderse sobre ella, algo rozó el cuello de Shade, algo frío y duro: el medallón de su padre, el que siempre llevaba al cuello; un adorno dorado que representaba la figura de un pájaro, con un pico regio y un porte propio de un sultán. Shade nunca había visto un pájaro así en los jardines de la ciudad.

—¿Qué es ese pájaro que llevas colgado? —preguntó, rebelde a dormirse.

Su padre siguió la mirada de la pequeña hasta su colgante, y después lo alzó ante él como si lo viera por primera vez.

—¿Este pájaro? Es normal que no lo conozcas, porque son muy pocos los hombres que lo han contemplado en esta vida. Es un huma, mi pequeña, y es una criatura que sólo los reyes están destinados a ver, pues es ella la que, en su sabiduría, se presenta al que deberá de ser el siguiente soberano.

—Pero tú no eres un rey. ¿Por qué lo llevas entonces?

—Porque soy el visir, pequeña, y mi trabajo es aconsejar al rey. El huma es nuestro símbolo, porque al igual que el ave tiene la sabiduría para elegir al que será un buen rey, los visires esperamos tener la misma sabiduría para guiar al rey por el buen camino. Llevamos al huma en nuestro cuello porque confiamos en él para que nos lleve de la mano. Es un símbolo de buena fortuna.

Shade cayó dormida entonces, y no fue hasta mucho tiempo después cuando tuvo que volver a dirigir sus pensamientos hacia el huma.

Los años pasaron. El visir era un hombre sabio y Shade floreció bajo su manto. No lo hizo así el rey, un joven altanero que creía saber más que cualquier otra persona, especialmente si esa persona tenía la barba blanca y la piel cubierta de arrugas. El soberano desoyó todos los

consejos de su visir, y en su arrogancia acabó trayendo la guerra a Persia.

El visir trató de salvar Persia orquestando el matrimonio del rey con la hija de un poderoso aliado. Sin embargo, su nueva esposa pronto descubrió al monstruo con el que se había casado, y no tardó en buscar refugio en los brazos de otro. Cuando el rey descubrió la infidelidad, volcó todo su odio sobre el visir.

—Mira con quien me has casado, anciano —escupió a su consejero, a quien siempre había culpado de todos sus males—, que ni siquiera es capaz de mantener sus votos. ¡Haz algo útil y encuéntrame a una mujer mejor! Alguien que sepa el lugar que le corresponde.

Y así, el rey declaró que todas las muchachas del reino debían pasar ante su presencia para que pudiera elegir una nueva esposa.

El visir, preocupado, hizo lo que debía hacer.

—Debes esconderte, pequeña mía —le dijo un día a Shade, mientras colocaba un turbante sobre su cabeza y ella se rascaba la cara debido al picor que la barba falsa le producía—. El rey no puede encontrarte.

—Yo estaré protegida, padre —replicó Shade—. ¿Pero quién te protegerá a ti? —preguntó, pues sabía que una espada pendía sobre su cuello.

El visir sólo pudo responder con una triste sonrisa.

Shade sabía que solo un milagro podía salvar a su padre, y rezó para que el huma resurgiera de las leyendas y eligiera a un nuevo y sabio rey. Pero sus plegarias no fueron escuchadas, y entonces pensó que, tal y como dice el dicho, si la montaña no va al profeta, el profeta irá a la montaña.

Disfrazada de hombre, se cargó de las pocas provisiones que quedaban en su despensa y, en medio de la noche, abandonó su hogar en busca del huma, no sin antes besar

la frente de su padre, tal y como él había hecho cada noche cuando ella era pequeña.

Shade atravesó las cenizas que la guerra había dejado a su paso: pueblos quemados, templos derruidos, huesos abandonados. En cada ciudad buscaba los restos de las estatuas del huma y, encomendándose a la magia de los djinns, siguió el camino marcado por los picos de las imágenes de la legendaria ave.

Y así, Shade se aventuró en el desierto. Cuántos días estuvo en su interior, no pudo saberlo, pues para ella todos eran iguales. Todos estaban llenos de luz, sudor y sed.

Hasta que, un día, sus fuerzas flaquearon, sus rodillas se doblaron y ella cayó sobre la arena, sintiendo el fuego de la tierra en una mejilla y el candor del incesante sol sobre la otra. Escupió la arena que se había metido en su boca, y salió tan seca como había entrado; no había en su interior ni una sola gota de agua que pudiera haberla humedecido.

Iba a morir, era consciente de ello. No volvería a ver otro amanecer.

—¿Dónde está, huma? —preguntó, tendida en el suelo, con una voz no era sino un susurro—. ¿Dónde está el rey que nos prometiste, del que debíamos escribir poemas y tallar grabados?

Y entonces, al abrir los ojos por última vez, lo vio.

Allí, en la distancia, recortado por el horizonte, estaba la figura que tantas veces había visto en el medallón de su padre: el huma.

O, al menos, eso creyó ver, porque en cuanto parpadeó, la figura desapareció.

Pero era la legendaria ave, estaba segura. Tenía que ser así. Con renovadas fuerzas, hundió sus manos en la arena, ahogando un grito cuando sintió un dolor equivalente a haberlas hundido en brasas ardiendo, y se apoyó en ellas para ponerse de nuevo en pie.

Caminó hacia el horizonte, hacia el punto donde había visto al huma, arrastrándose como podía sobre la arena. Cuando ascendió la loma, vio algo que sin duda no era un espejismo: las ruinas de un poblado.

Shade se adentró en la población, refugiándose en las sombras de los pocos muros que quedaban en pie. Caminó entre las calles, hasta que, por el rabillo del ojo, le pareció ver un movimiento: el de una sombra que se aventuraba al interior de una casa.

¿Podía tratarse del huma? Impulsada por la necesidad de responder a la pregunta, siguió a la sombra al interior de la casa, moviéndose despacio, temiendo que pudiera asustar a la criatura si hacía un movimiento brusco.

Tras traspasar el umbral, al fin lo vio: el huma, tan majestuoso como las leyendas lo describían. Sus plumas multicolor parecían cubrirle igual que el manto del tejido más exquisito cubre a un rey, y estaba iluminado por un rayo de luz que se colaba a través del tejado derruido, como si el propio cielo quisiera bendecirlo con una luz divina.

Antes de que Shade pudiera reaccionar, antes de que recordara que debía seguir respirando, la criatura agachó la cabeza hacia ella, igual que debía haberla agachado ante aquellos monarcas que ella había elegido. El corazón de Shade dio un vuelco al pensar por un momento que el ave podía estar eligiéndola a ella, pero entonces la legendaria ave tocó algo con su pico, algo enterrado en la arena que se había colado por las ventanas rotas y había cubierto el suelo.

Shade dio un paso hacia el ave, y entonces el huma volvió a golpear con su pico el objeto, como invitándola a tomarlo. Extrañada, Shade se acercó despacio y se agachó para desenterrar el objeto. Se trataba de un grueso tomo de cuentos, probablemente el que leían al pequeño de la casa antes de que la guerra los alcanzara.

Cuando Shade apartó la mirada del libro, la legendaria criatura había desaparecido. Y por más que la buscó por la ciudad, no volvió a encontrarla más. El huma la había abandonado.

Derrotada, sintiendo que su camino había sido infructuoso, Shade regresó a casa.

La travesía por el desierto había hecho trizas su disfraz. La barba postiza se había desprendido tiempo atrás, y su turbante había sido llevado por el viento del desierto. Shade trató de cubrirse la cabeza al entrar en su ciudad natal, tal y como dictaba la ley, pero eso no le evitó ser identificada y detenida: una mujer había entrado en la ciudad y, en consecuencia, debía ser llevada ante el rey, como todas las demás mujeres de la ciudad.

El visir, que no tardó en oír la noticia y reconocer a Shade en ella, acudió pronto a su encuentro y trató de detener a los guardias.

—No podéis llevárosla —les dijo—. No a ella. No puede acabar como las demás.

Pues, al parecer, el rey no se había conformado con una concubina. Cada noche, había desposado a una mujer, y cada amanecer la había ejecutado, cortándole la cabeza, sólo para volver a ser desposado de nuevo al anochecer.

Shade supo entonces hasta dónde llegaba la crueldad de su rey, hasta dónde había sido necesario emprender su travesía por el desierto. ¿Pero todo para qué? ¿Para conseguir un viejo tomo de cuentos, que lo único que había hecho era dificultar su regreso?

Su padre le contemplaba con ojos vidriosos. A pesar de todo lo que había sufrido, aún llevaba su colgante del huma.

El huma se había presentado ante ella, se había inclinado y le había regalado aquel viejo libro.

Si su padre podía tener fe, ella no sería menos.

—Deja que me lleven ante él —le dijo a su padre—. Deja que me convierta en su mujer.

Quizás ella no había sido versada en muchos campos, pero había algo que su padre sí le había enseñado a hacer: a leer, a contar historias. Y contarlas sería lo que haría. Tenía un libro que alimentaría muchas veladas, y si con eso conseguía entretener al rey e impedir que matara a más mujeres, sin duda lo haría.

Y así, mil y una noches después, la pequeña Shade, o Shezade, como era más conocida, se convertiría en reina de Persia. Y con ella vendría la paz.

Ilustración de Esther Gas

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel. — ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — preguntó el rey, cuando vio a la mujer que estaba en la cárcel.

Pecu



Ilustración de Esther Gar.



Distribución: Cantabria, cerca del río Saja.

Hábitat: Encinas y abedules.

Alimentación: Desconocida.

Población: Desconocida, pero probablemente muy reducida, incluso extinta.

Reproducción: Ovípara, sigue una técnica similar al cuco: pone los huevos en un nido que no es suyo.

Aspecto:

Aspecto similar al gavián.

Famosa por:

Atormenta a las solteras ya que decide cuando estas se pueden casar.

Pecu

Autora: Paula Yagüez

Si el pecu no canta este año no te casarás. Muchas jóvenes iban temerosas, su suerte en el mercado dependía de ese pájaro que se ocultaba entre abedules y encinas. Se desplazaban en grupitos subiendo a la Sierra del Cordel, siguiendo el río, rezando para encontrar el escondite. Ermesinda las seguía, pero con un ruego un poco diferente entre sus manos encogidas.

El bosque se despertaba después del invierno. Los árboles mostraban sus verdes hojas con orgullo a los animales que preparaban sus nidos para nuevas camadas. Se respiraba vida, y siguiendo la vida las jóvenes casaderas buscaban en los nidos huevos que no correspondieran, ramas torcidas por pesos inesperados, o rastros en los rastrojos que quizás indicaran el paso de un ser poco habitual.

Su presencia era casi tan temida como deseada. No era solo famoso por maldecir a las jóvenes con sus gritos. Las trastadas también eran costumbres en estas aves, que según el párroco era cosa del mismísimo diablo. Pero ya podía venir la Santa Inquisición a acusarlas de brujas, que no impedirían que se adentraran en los bosques llegado el momento.

—Maldito pajarraco —gruñía Tridia saltando entre raíces—. ¿Sabéis que a Quemia le echó cinco años? ¡Y ya estaba prometida! Todos creyeron que se le había ido la cocorota.

—Pero a Cabedo lo asaltaron yendo a la boda. Lo encontraron tres días después, muerto en la cuneta. —Anna se santiguó.

Era un ejemplo que siempre se ponían entre ellas. Podían estar ya prometidas para casarse, que, si al pecu le salía de

por ahí, ya podían sentarse a esperar, por el bien de uno y del otro en aquel contrato. El pecu nunca se equivocaba, ya fuera porque realmente podía preverlo, o porque él mismo se hacía cargo de que así ocurriera.

El barullo se levantó en el bosque. En algún lugar alguien había hecho la pregunta, y la respuesta resonó en el aire, haciendo vibrar las rocas mismas del camino.

—Peeecuuuuu.

El vello de Ermesinda se erizo al escuchar el sonido que parecía salir de las profundidades más profundas de la tierra. Sin duda, el acto mismo del demonio debía de ser aquella criatura. No podía ni imaginársela. No era la primera vez que se adentraba en aquel bosque, pero aquella era la fecha en que tendría que encontrarlo, y hacer la pregunta.

Respuesta muy diferente ocurrió entre las madres, que acompañaban a sus hijas en la búsqueda, las cuales empezaron a tirar de brazos, y de pelos, en la dirección en que esa llamada había sonado.

Ermesinda estuvo a punto de caer, pero los brazos fuertes de su madre y hermana la obligaron a seguir avanzando. Nunca había visto la caza de los hombres, pero se imaginaba que debía ser algo parecido. Personas corriendo por entre los árboles, saltando rocas y arbustos, siguiendo la llamada misteriosa que empezaba a sonar con insistencia.

—Peecuuu —sonaba a la derecha—. Peecuu —volvía a sonar detrás suyo.

¿Cuántas de estas aves habría? ¿Una sola? ¿Una bandada?

El corazón de Ermesinda latía fuerte. Fuera miedo, fuera ejercicio, fuera emoción. Sentía la felicidad y la desesperación de sus amigas, de sus compañeras, según el veredicto de ese misterioso pájaro.

Las ramas golpeaban su cara, los arbustos arañaban los bajos de la falda, intentando atraparla en aquella extraña carrera sin destino. Llegadas al lecho del río los árboles

se apartaban para dar paso a piedras redondas cubiertas de hojas.

Sus pies trastabillaron, perdió el equilibrio. El mundo giró por un momento antes de que se golpease las rodillas y sus cabellos acabaran mojados por la humedad de la hojarasca. No había sangre ni herida, más que su orgullo, y el haberse quedado, de algún modo, atrás.

Tomó unos instantes en recuperar la compostura. Le dolían las rodillas, pero agradecía haber parado. La locura colectiva parecía haber atacado a sus compañeras, que ahora la habían dejado atrás.

Se echó el pelo hacia atrás, levantó la cabeza para dejar ir un suspiro, y allí lo vio. Nunca antes había visto al pecu, pero desde luego ninguna otra cosa podía ser. Una especie de híbrido entre niño y ave, parecía que llevara pantalones, pero lo más aterrador eran esos ojos amarillos, bien abiertos y acusadores. Casi podía escuchar su respiración sibilante, mientras esperaba que alguien le hiciera la pregunta.

—Vamos Ermesinda —la animó un susurro en el oído, muy probablemente de su madre.

Tragó saliva, casi por retardar lo que estaba por llegar.

—Pecu, pecu, pecu, colita de escoba: ¿Cuántos años faltan para la mi boda?

Lo dijo lo más bajo posible, quizás esperando que no la oyera. No quería saberlo. No quería casarse, ni tener hijos. Lo único que quería era sacar adelante su negocio de queso de cabra. Todo lo cual se perdería en el momento en que un hombre tomara su mano, y por ende, todas sus posesiones.

El pecu guardó silencio, haciendo que a Ermesinda se le cayera el alma a los pies. Si no cantaba, es que su boda sería inminente.

Pero las plumas del pájaro se hincharon sin que este rompiera la mirada con la chica, hasta que su pico casi hubo desaparecido.

—Peeeeecuuuu —anunció—. Peeeeecuuu —repitió—. PEEECUU.

Y la luz cayó por las montañas, sin que el ave hubiera acabado su canto. Ermesinda ya no contaba, igual que no hacía su madre, que lloraba desconsolada sobre las raíces de un árbol cercano. Quizás el pecu anunciaba de 30 o 40 años, o una vida entera para lo que eso valía.

La joven no se casaría, y aquello la llenaba de júbilo. Dos días más tarde partiría hacia las montañas junto a sus cabras, dejando atrás las promesas de marido, familia y subyugación. Era libre para vivir en el monte, y solo bajar cuando le complaciera. Sabiéndolo muy bien, siguió la ría del Saja, siempre cerca del bosque donde los pecus solían habitar.

Rokh



Ilustración de Soturisi



Distribución: Tiene sus orígenes en India, pero también existe en el mundo árabe y Etiopia.

Hábitat: Conexiones con el mar, ¿viviría en acantilados?

Alimentación: Carnívora, famosa por comer elefantes.

Población: Desconocida.

Reproducción: Ovípara, en Simbad el marino, el rokh ataca a unos nativos cuando su huevo se rompe.

Aspecto:

Es un ave gigantesca, se habla de que parece una isla que flota en el cielo. Se cree que su mito vendría de los fósiles de águila gigante, por tanto, su aspecto sería similar al Águila coronada (*Stephanoaetus mahery*).

Famosa por:

Aparece en la mitología árabe e hindu. Y en Simbad el marino de las Mil y una noches.

Rokh

Autor: Paula Yagüez

Efrén se levanta antes del alba, como todos los días de su vida, abandona ese hogar de madera y hierbas que él mismo ha ayudado a construir y se acerca a las orillas del Tana, donde botellas de plástico se acumulan. Su tankwa le espera posado contra una roca, medio seco, medio húmedo aún del día anterior. Lo hunde en el fango, donde deberían haber crecido plantas, pero casi nada ya quedaba de ellas. Quizás en un año o dos no encontrará más hierba para hacer un nuevo barco, pero no tiene para comprarse una de esas barcas motorizadas que venden a precios exorbitados en los muelles.

Avanza lentamente por las aguas ondulantes previas a la mañana junto a muchos otros como él, brotando de la difuminada oscuridad, en busca del sustento para el próximo día. Llega al centro del lago y empieza a faenar en su pequeña canoa, intentando avanzarse a las barcas industriales que no tardarán en llegar a robarle su captura.

Con los primeros rayos de sol, los peces deberían haber subido a la superficie. Despertar de su noche en vela e ir a buscar el calor del sol, que atraería a los insectos diminutos de la superficie. Los reflejos plateados se mezclarían, casi encegando a Efrén, pero su experiencia le permitiría saber donde lanzar su red, pequeña y ligera, comparada con la que llega del horizonte hecho de cosas como el nilón.

Pero el sol no acaba de aparecer, y para cuando llegan los barcos pesqueros que poco a poco devoran la población de peces del lago, el mundo sigue atrapado en un tímido amanecer. Todos miran al cielo, extrañados. Nubes que parecen

sólidas cubren el mundo, si Efrén dejara volar su imaginación, diría que parecen una nave alienígena, similar a las descritas en los viejos libros de la biblioteca del colegio. Una nave gigantesca, esperando una orden electrónica para activarse. Pero ese es el mundo real, donde los sueños solo son eso, sueños, así que acaba bajando la vista. Había que concentrarse en problemas de verdad, en llevar comida a casa. Alguien con más conocimientos diría que eran unas nubes extrañas, pues no parecían cambiar de forma ni lugar con el viento, de ello debían estar hablando otros barqueros, que seguían examinando el cielo, sin trabajar.

Consiguió capturar a algún pez despistado. Su estómago ruge con hambre, indicándole que debería empezar a volver a casa. Debía ser ya mediodía, cuando el sol está en todo lo alto y sus rayos queman la piel, pero la nube no se movía, y todo parecía una mañana que no avanzaba, o una tarde demasiado temprana.

La decisión de volver a casa, y esconderse de la insistente sombra sobre él, lo reconfortaba. Usa su único remo para llevar el tankwa y su pequeño alijo de pescado, de vuelta a tierra firme. Los halos en el agua de repente parecen querer asemejarse a las nubes en el aire. El cielo cruje, el cielo se mueve, y el mundo tiembla.

La perspectiva ha cambiado. Las nubes, cada vez parecen más sólidas. O simplemente se han difuminado para mostrar lo que había sobre ellas. La posibilidad del ovni se vuelve una realidad en esa superficie ceniza y redondeada que comienza a aparecer. Como los otros, Efrén grita, e intenta apresurarse para salir del agua, y unirse a su familia. Las aguas se han embravecido, se agitan furiosamente, amenazando con hacerle caer. Lucha por mantenerse sobre el tankwa, lucha por avanzar. Todos luchan.

Una columna, ancha como dos rascacielos, desciende hasta tocar tierra en el borde del lago. Lo cual termina por hacer

desequilibrar a Efrén. Ve desde el agua, otra segunda columna caer al otro lado, acompañada de un fuerte oleaje que amenaza con ahogarlo. Nunca aprendió a nadar como es debido. Entre bocanada y bocanada alcanza a ver más cosas en el cielo, lo único que puede hacer mientras se mantiene a flote. Lo que sea que hay sobre sus cabezas va tomando forma.

No es un ovni, no son nubes, es algún tipo de ser gigantesco. Esas columnas son patas, y ahora que las nubes se han disipado por el movimiento logra ver dos alas extendidas, que se pierden en el horizonte. Efrén consigue tocar fondo, y mantener la cabeza sobre las aguas. Es de los pocos que aún no han conseguido salir del lago y correr por sus vidas. Cree oír a su mujer y sus hijas, llamarlo en la distancia, solo lo cree, lo que oye es un silencio sepulcral.

Es un pájaro, parece un pájaro, pero podría tener el tamaño del país entero. Sus patas podrían marcar el límite de ciudades. ¿De dónde ha salido? ¿Lleva sobrevolándolos todo el día? Está justo debajo de él, entre sus dos gigantinas patas, claro que cabe mucho más que solo un humano diminuto como Efrén entre ellas. Podría sentarse sobre el lago como gallina en su nido, y probablemente le quedaría pequeño. El mundo vuelve a temblar, retruños de terremotos, mientras esa ave gigante camina por encima de él.

No intenta huir, no serviría de nada, si el ave decide pisarlo ninguna carrera que pueda empezar lo evitará. La cabeza del animal se hace visible al fin. Sus ojos dorados tienen el tamaño de una casa colonial entera. Su vista de águila busca algo en el suelo, entre las hormigas que huyen despavoridas. Su vista de águila se planta en Efrén, o en sus alrededores. Se le hiela la sangre, ¿que puede querer ese gigante?

El animal se gira, más terremoto, el animal deja caer algo, las aguas se vuelven aún más bravas, el animal levanta el vuelo, y tras un último estallido del mundo todo vuelve a quedarse en silencio, aunque el sol sigue cubierto por

la enorme forma del animal. Sin las nubes, dispersas por el viento de sus alas, lo ven alejarse hacia el cielo, para cuando todo el mundo ha conseguido calmarse, aún sigue siendo una mancha enorme que tapa el sol del atardecer.

Efrén observa, delante de él un enorme tronco flota sobre el agua. Es del tamaño de su tankwa, o quizás más grande, finos anillos plateados lo recorren, como si fueran una parte natural de la planta. Su mente se ilumina con recuerdos de los mitos infantiles, el Nebra Kegast que su madre les contaba, hablaba de ello, del templo de Salomón, y como fue acabado gracias a una rama traída por el Rokh.

Se acerca al tronco. Se pregunta quién debió equivocarse al contar esa historia, pues claramente eso no es una rama ni de lejos, o lo es si eres un ave mitológica... Toca la oscura madera, no ocurre nada, pues nada debería ocurrir. La madera debe usarse para construir un nuevo templo, nada más, ¿es eso lo que quiere el Rokh?

Ese nuevo templo será menor que el anterior, pues será construido por Efrén y los demás habitantes del poblado sin que ningún rey les azote con un látigo, pero comportará el renacimiento de la fe en Etiopía, una fe fuera de la europea y cristiana, que permitirá al país convertirse en una voz para el cambio en el nuevo mundo que al Rokh se le ha encargado crear. Un mundo dónde la luz del sol solo puede ser cubierta por nubes y un ave gigante.

Sirena griega



Ilustración de Faye



Distribución: Desde el mar Mediterráneo hacia el océano Atlántico y el mar del Norte.

Hábitat: Los acantilados, normalmente de las islas griegas.

Alimentación: Desconocida, probablemente seres humanos, como marineros

Población: Entre dos y cuatro según el mito: Aglaopheme, Leucosia, Ligeia, Molpe, Parthenope, Peisinoe, Thelxiepeia.

Reproducción: Ovípara.

Aspecto:

Son aves con cabeza de mujer y pies llenos de escamas, también se les pone patas de ave, e incluso brazos.

Famosa por:

Los eventos de la Odisea.

Sirena

Autora: Carmen Lunnely

El viento aullaba como un eco de las amenazas que la habían prevenido para no seguir esa melodía maravillosa. Pero ella no sentía miedo, sino una emoción arrebatadora que la había hecho olvidarse del banco de peces que había estado acechando. Pronto avistó la isla de flores, un vergel colorido asomando entre las olas. Se movió hacia allí por instinto, controlando las velas sin darse cuenta de sus actos, como persiguiendo un sueño.

Pronto estuvo lo bastante cerca para ver un ave enorme con cabeza de mujer que mecía las alas como acunando su canción. Abrió la boca casi sin respirar, impresionada. Sin embargo, cuando la sirena la vio a ella dejó de cantar y su rostro sereno se volvió triste.

—¡Aléjate! —avisó. No parecía una amenaza—. Si te acercas a mi isla te ahogarás. —¡Sé nadar bien! —respondió la pescadora hinchando el pecho de orgullo. La felicidad la inundaba más de lo que podrían hacerlo esas olas—. ¡Sólo quiero seguir escuchándote! —¡No debes venir, por tu bien!

Desoyendo sus advertencias se acercó. El mar se embrieció intentando disuadirla. Dudó, pero no pensaba rendirse tan fácil. Remó hasta el peñón más cercano de todos los que rodeaban la isla como dientes afilados, echó el ancla y ató su barca a las rocas. Entonces se lanzó al agua y nadó escurriéndose entre los peligrosos arrecifes, dejándose llevar por las corrientes y luchando contra sus cambios hasta la orilla. Tuvo que quedarse un rato sentada resoplando antes de alzar la mirada victoriosa. Ver a la sirena de cerca era aún más impresionante. No sabría decir a qué pájaro se parecía,

quizá un halcón, aunque desde luego era mucho más grande que cualquiera que hubiera visto, casi de su estatura. El cuerpo también era algo distinto, como si hubiera una mujer bajo la espesa capa de plumas. Su rostro era lo único verdaderamente humano, un rostro delicado y hermoso como el de una sacerdotisa o una reina. Sus largos cabellos cobrizos combinaban con el color de sus plumas pardas y su piel tostada. A pesar de tener los carnosos labios fruncidos de desagrado, había un poco de sorpresa o admiración en sus ojos ambarinos tan redondos y abiertos.

—Te dije que no me ahogaría.

—Es extraño.

—Es que soy hija de una náyade. ¿Tú también lo eres? Siento como que también tienes una conexión con el agua.

Se miraron un instante, las dos sorprendidas del valor de la pescadora, allí plantada conversando con el medio ave.

—Casi, mi padre es un dios fluvial. Mi madre es una musa. Por eso mis hermanas y yo amamos cantar por encima de todo.

—Comprendo. Ah, por cierto, yo me llamo Caliadne, ¿y tú?

—Ligeia.

—Es muy bonito... ¿Y cómo es que tienes cuerpo de ave?

La pescadora había cambiado de postura, inclinándose hacia la sirena para escucharla mejor. La miraba casi devorándola con la vista, bebiendo cada cosa que dijera. Resultaba incómodo y a la vez agradable. Siguió hablándole sin saber muy bien por qué.

—Lo pedimos para poder salvar a la hija de Demeter, nuestra señora en ese tiempo. Creíamos que estaba siendo raptada.

—¿Y no era así?

—No, ella quería irse, pero temía a su madre y no le dijo la verdad. Demeter no nos creyó y nos dejó con este aspecto.

—Vaya... Una maldición por nada.

—Lo prefiero. Prefiero saber que Perséfone se fue enamorada y no raptada. Además así podemos volar por los mares y escondernos de los oídos que no pueden soportar nuestro canto. —Me alegra que lo veas así. —Quiso alargar una mano para darle una palmadita y consolarla, pues veía que su hermoso rostro se contraía de disgusto, pero la bajó sin llegar a alcanzarla. Ligeia notó ese

amago—. Mmm, pareces triste, siento haberte traído esos recuerdos. Quizá estoy entrometiéndome mucho...

—No, no... Me gusta que alguien pueda escucharme. Además, no es tan triste. Puesto que conocemos el camino al inframundo podemos guiar a las ánimas perdidas cuando las escuchamos aullar desconsoladas en el viento. —Se detuvo, sintiendo que la presión de su pecho llamaba su atención cada vez más—. Pero por más que me agrada charlar necesito cantar. Y ahora estás aquí...

—Hazlo, de verdad. No será un problema.

No la creía. Sin embargo su necesidad era mayor que la pena que le causaba la medio náyade por mucho que quisiera hundirse en los lagos de sus ojos.

Comenzó a entonar una balada lenta y melancólica. Caliadne la miraba sobrecogida, el agua de sus ojos se desbordaba. Seguiría con esa expresión sobrecogida hasta que su corazón o su mente no pudieran soportar más el torrente de emociones y su alma abandonara el cuerpo dejándolo consumirse.

Al cabo de unas pocas horas ocurrió algo impensable. La chica se enjuagó las lágrimas y se estiró, desentumeciendo los miembros. Se dirigió con parsimonia a su barca y nadó con su elegancia característica para coger la cesta con lo que había pescado y la bota. En la playa se entretuvo cogiendo madera y restos de los naufragios sin dejar de mirarla por mucho tiempo, parándose a veces o bamboleándose al andar, como si estuviera bebida. Sin darse cuenta, su canción

empezó a volverse más animada. Caliadne empezó a sonreír y se hizo un lecho y una hoguera con parsimonia. Comió y bebió con ese gesto ido pero feliz, moviéndose a veces al ritmo de la canción. La noche iba cayendo detrás de las nubes de colores del ocaso y fue cambiando de nuevo la canción a una nana más suave. Caliadne se fue quedando dormida mientras admiraba los rizos cobrizos de Ligeia destellando a la tenue luz que quedaba, y ésta la arropó. Al día siguiente la nana se volvió un canto cargado de energía y felicidad. Caliadne cogía flores y trenzaba una corona sin dejar de sonreír. No parecía que fuese a perder la razón. Ligeia dio un final a la canción y se sentó al lado de la chica, con un calor en el pecho que no reconocía. Ésta le colocó la corona de flores en su cabeza y se puso a aplaudir, como si acabase de ganar un recital de poesía.

—Debería regresar a casa a decir que estoy bien y coger algunas cosas. ¿Me dejarás regresar a tu isla? Me ha gustado mucho escucharte cantar.

La sirena le prometió que le daría corrientes favorecedoras para que volviera sin problemas. Cuando lo hizo, volvió con una lira y la tocó para acompañar sus canciones. Incluso se animó a hacerle algunos coros. No tenía una voz sobrenatural, pero era bastante dulce. Se estaba convirtiendo en una compañía cada vez más agradable, alguien que si podía escucharla y con quien lucir su mejor talento.

Un barco se acercó una vez durante uno de sus recitales acompañada. Caliadne dejó de tocar al ver que se acercaba demasiado. Ligeia la imitó al principio, pero al ver las miradas de los tripulantes, cargados de deseo y codicia, se enfureció y retomó su canto, más intenso y furibundo. Las olas se alzaron y lanzaron el barco contra los peñones, rompiéndolo como si fuera una corteza de árbol.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Caliadne. Su tono no era tan de reproche como habrían esperado ambas.

—Estos son los visitantes habituales. —Suspiró, expulsando el aire de amargura que la ahogaba—. Su codicia no se detiene en la contemplación, necesitan poseer todo lo que les maravilla. Habrían seguido acercándose y molestándome en mi retiro y en mi canción y al final se habrían perdido a sí mismos. Habrían muerto de hambre o cometiendo una atrocidad, enloquecidos. Llamar a las aguas es un gesto de misericordia por mi parte.

—Así que por eso te consideran una criatura cruel que asesina con su canto.

—¿Tú me ves así ahora?

Caliadne guardó silencio, mirando al mar. Las aguas y los ánimos de las dos se iban serenando de nuevo. Miró a Ligeia. Aunque no parecía hacerlo con reproche, en su mirada clara cabían muchos pensamientos. Admiró a la medio humana por su temple.

—Detuviste el agua por mí. Te ganaste las plumas por hacer lo que creías justo. Acompañáis a las ánimas desamparadas del mundo. No creo que seáis malvadas. Simplemente estáis a vuestros asuntos, con vuestra pasión, y quienes se quieren entrometer y poseer la belleza que no comprenden acaban mal.

Ligeia asintió, conmovida, y la vio partir como tantas otras veces, solo que esta la veía de otra forma. Caliadne realmente nunca intentó tenerla. Quizá tuvo sentimientos por ella, nunca lo supo. Navegaba con cierta frecuencia hacia su isla, cantaba con ella, le daba coronas de flores y collares de conchas marinas.

Cuando se separó de sus hermanas por la intensidad tan peligrosamente hipnótica de su canto, asumió la soledad sin problema, pero no se dio cuenta de lo mucho que quería que la escuchasen. Un día Caliadne dejó su arpa en la isla y al partir avisó de que lo más seguro es que no volviera. Su cabellera negra se había vuelto de plata y los lagos de sus

ojos parecían helados. Ligeia la abrazó con ternura antes de dejarla ir y cantó un réquiem durante días en los que ninguna nave pudo acercarse debido a las fuertes tormentas. No pasó mucho hasta que percibió el sonido de una ánima perdida y voló a su encuentro. No había salido del lugar de su enterramiento. Junto a sus pertenencias, numerosos aparejos de pesca y abalorios de conchas, había piezas de arcilla con forma de sirena. —Pedí que las hicieran para guiar mi alma. Parece que ha funcionado.

Caliadne, o su sombra, estaba sentada sobre su sepulcro, joven y fornida como cuando la conoció, con esa sonrisa dulce.

—No parece que te hayas perdido —dijo Ligeia, dejándose contagiar por esa alegre serenidad—, ni siquiera parece que hayas intentado emprender el viaje.

—Sabía que vendrías a acompañarme.

Lo hizo, como había hecho con tantas otras desde las tierras heladas hasta los mares de arena. Esta simplemente do-
lió más, aunque siempre supo que al no ser una semidiosa como ella acabaría ocurriendo. Cuando regresó a su isla cogió el arpa y comenzó a rasgar las cuerdas con sus garras, con cuidado, como si acariciara a su antigua dueña. Una vez aprendiera a tocar así podría ir a cantar volando, podría buscar a los barcos y conseguir que la escuchasen. Si alguno la seguía a su isla haría corrientes para alejarlos, y si parecían por su empeño al menos no sería por no intentar impedirlo. Quería entregarse aún más a su música y que los mortales que transitaban sus aguas la disfrutasen como lo había hecho aquella pescadora.

Suzaku



Ilustración de Daniela



Distribución: China y Japón

Hábitat: Muy exclusivo, el cielo.

Alimentación: Desconocida.

Población: 1

Reproducción: Desconocida

Aspecto:

Se la describe como un ave rojiza, similar un faisán con un plumaje de 5 colores permanentemente cubierto de llamas.

Famosa por:

Es uno de los 4 símbolos de las constelaciones chinas. Según el Wu Xing, el sistema de los cinco elementos taoísta, representa el elemento del fuego, la dirección sud y la estación del verano.

Suzaku

Autor: Carmen Lunnely

Incluso a esas horas, que el sol aún no se atrevía a asomar, ya veía campesinos mirando desolados sus campos. El trigo y el arroz seguían sin dorarse, las manzanas y ciruelas seguían verdes. La temperatura era muy suave y no soplaba ni una leve brisa, pero en el horizonte había otra vez nubes de tormenta. Chia veía esas señales y gruñía enfurruñada. Le esperaba otro día de escuchar quejas en el templo, y ya no estaba tan segura de que fuesen nimiedades.

Dejó el agua en la escalinata y abrió las puertas del santuario. No tardó en confirmar sus sospechas.

Cuando acabó su turno estaba agotada de recibir gente y tratar de consolarles. Se sentó en las escaleras del templo. Varias de esas personas seguían rezando en los templetos del patio delantero.

—¿Sigues pensando que estamos mejor sin el ave de fuego?

Su maestra había aparecido detrás de ella sin hacer ni un ruido, como siempre, pero ya no la asustaba. Se tocó la cara mientras pensaba. La piel de parte de la oreja, la mejilla, la mandíbula e incluso algo del cuello del lado derecho estaba arrugada y enrojecida por el fuego.

Lo de menos era la marca que le había dejado en la cara. Era un recordatorio constante de la marca que dejó el fuego en su alma cuando se llevó a sus padres. Desde muy pequeña había odiado el verano, el calor, los bichos, las plantas secas. Cuando la llevaron al templo para ser adoptada por las sacerdotisas y vio que uno de los espíritus a honrar representaba todo lo que aborrecía se sintió en una prisión. Las sacerdotisas siempre fueron amables y

la ayudaron a llevar el duelo lo mejor posible, pero seguía odiando al pájaro rojo.

Ahora que al fin sus deseos se habían cumplido y se había perdido, no sabía qué pensar, qué sentir.

—Ya no solo hay agricultores quejándose. Ahora que si los animales también están desconcertados y no crían. Tierra, plantas, animales y cielo van sin seguir los patrones de la naturaleza, perdidos sin su guía. Me gustaba el clima que estaba haciendo, pero no que todavía no nos hayan dado melocotones.

—También mucha gente agradeció las pocas heladas de este invierno, pero cuando las plagas fueron mayores que otros años ya no les parecía tan bien haber pasado esos meses con menos prendas de abrigo. Y alabaron el llamado buen tiempo de primavera pero muchas plantas no dieron flores. Las preferencias personales no pueden determinar algo tan importante.

—¿Y qué podemos hacer? Todo va a peor, no podemos dejar que los espíritus sigan enfadados con nosotros.

—¿Viste el cielo anoche? — Chia negó con la cabeza. Aunque sí lo había visto intuía que su maestra se refería a algo en especial—. Suzaku no está en su hogar celestial, sino descansando en la tierra. Debe estar en su nido del volcán.

—Entonces alguien debería ir a hablar con él y pedirle que vuelva.

—Sí... Alguien que tenga un gran conocimiento de los espíritus, y también que sea joven para poder llegar hasta ahí sin problemas.

A Chia no le gustó la mirada socarrona que le estaba poniendo su maestra. Empezó a negar con la cabeza pero ella empezó a asentir, y cuanto más brío le daba a sus movimientos más lo hacía la otra.

—Si te va a gustar darte una vuelta. Aquí te aburres mucho, que te veo.

—Es que no hay melocotones, ni ningún festival.

—Pues ve a por el fuego, venga.

Que usara ese término, de todos los que representaba el pájaro, la enervó. Aún así admitió a regañadientes que tenía razón. La situación no podía continuar así y ella era la más adecuada para buscar al espíritu y averiguar qué pasaba.

No tardó en preparar todo lo necesario para el viaje y partir hacia el sur, cruzando la Puerta de Suzaku. Recorrió campos en terrazas, bordeó lagunas sitiadas por altísimas montañas y atravesó manglares y desiertos. No se le hizo demasiado duro porque allá donde fuera recibía la ayuda de la gente que veía sus ropajes rojos. Se inclinaban a saludarla y le pedían que intercediera por ellos ante el ave del verano, y cuando respondía que iba a su encuentro le daban todo lo que podían o la llevaban en sus carros hasta el siguiente pueblo. Se sentía como una emperatriz. Aunque le avergonzara recibir tantas atenciones la gente insistía en que las recibiera y se deshacían en alabanzas mientras los niños le daban flores.

Una noche llegó finalmente a la costa. Había mantenido la esperanza de que ese volcán estuviera en tierra por improbable que fuera. Su maestra lo sabría y no le dijo nada. Se la imaginó con esa risita suya. Decidió pedir ayuda a los lugareños al día siguiente aunque no le gustase estar recibiendo tantas atenciones.

No le costó conseguir una barcaza de un pescador y bastantes provisiones y consejos cuando dijo para qué necesitaba cruzar el mar. Incluso se ofrecieron a llevarla, pero lo rechazó diciendo que debía llegar sola. Por suerte, o por desgracia para sus brazos, el mar estaba completamente en calma. Los vendavales repentinos y las tormentas eléctricas se habían quedado atrás. Remó durante todo el día, parando a descansar el dolor creciente en muñecas y codos. Se repetía que era mejor eso que volcar y ahogarse,

cada vez menos convencida. Pero precisamente ese viaje era porque había cosas peores que aquello que pudiera parecerle mal en un momento. Al menos avistó tierra antes de que se fuera la luz.

Cuando se despertó casi ni podía mover los brazos, pero al mirar hacia el lado soltó una carcajada pensando que pronto le acompañarían las piernas en el sentimiento. La playa de ónice, donde había dejado la barca antes de caer rendida en el sueño, enseguida daba paso a una imponente montaña igual de oscura y desierta, sin trazas de vegetación ni animales a su alrededor. Sumado a la ausencia total de viento quedaba un silencio absoluto en la isla. Sentía que estaba entrando en un lugar sagrado y prohibido, pero ya no podía volverse por más miedo que sintiera. Según pasaban las horas y continuaba la penosa ascensión ese miedo aumentaba. Hasta que al día siguiente llegó al borde del cráter y vio que en su interior había llamaradas y resoplidos de calor escapando de entre un suelo agrietado. Las grietas emitían un destello entre naranja brillante y blanco denso como el que salía de su casa aquella noche. Nunca había visto tanto fuego junto desde entonces. Dejó salir las lágrimas como si confiara en poder apagar las llamas con ellas y descendió dando un ligero rodeo hacia una zona que parecía menos peligrosa. Intentaba mirar a su alrededor buscando su objetivo pese al miedo, temblando de pies a cabeza. Todo le dolía y ahora también le dolía el corazón.

—¿Qué ha venido a buscar alguien que claramente no quiere estar aquí? —dijo una voz profunda y ronca.

Chia giró rápidamente la cara en la dirección de la que le había parecido escuchar eso. En lo que parecía ser el centro del cráter, encima de algunas grietas, había algo redondeado y oscuro. No podía distinguir bien sus formas. Se acercó como arrastrada por una fuerza invisible mientras todo su interior chillaba de miedo.

—Pero mírate, toda sucia y cansada, goteando lágrimas y cenizas. ¿Por qué has venido?

—¿Suzaku? —dijo entre titubeos. Se preguntó si debería haberle llamado señor sagrado o algún otro título especial, pero no reaccionó a tiempo.

—Ese nombre está bien, no te pongas nerviosa. Y responde, por favor.

—Yo... fui enviada para buscarte, Ave Protectora —comenzó, sintiendo las mismas dudas. Al fin distinguió una forma similar a un pavo grande de color pardo en el suelo, mirándola con ojos de ámbar—. La tierra y quienes la pueblan necesitamos que vuelvas.

—Ah, ahora queréis eso. Cada invierno rezabais para pedirle a Genbu que no fuera tan duro con sus heladas, hasta que acabó cansado y empezó a hacer su trabajo sin ganas. Incluso aunque ese frío era necesario y ni sería tan duro si no talaseis tantos árboles, ni quitaseis plantas que son una barrera natural. Luego le pasó lo mismo a Seiryu, siempre diciéndole que era demasiado inestable, que sus lluvias se llevaban los pétalos que ella misma creaba. Intentó hacer su trabajo, pero vuestras construcciones, propagándose sin planificación, hacían que sus riadas fueran más dañinas y se quedó triste, luchando contra su propia naturaleza. Y yo he oído tantas cosas en esas plegarias que ni siquiera lo he intentado. Seguro que muchas de ellas venían de tí. Byakko no se conforma con no hacer su trabajo sino que ha ocupado mi lugar para volar sin ataduras haciendo lo que le plazca. De todas formas no llegará a ser tan destructiva como vosotros.

—Lo hemos hecho mal, es verdad. Creo que no hemos sido conscientes de lo que hacíamos, pero esto ha sido un gran aviso y hemos aprendido la lección. La tierra, las plantas y animales no merecen sufrir por nuestra vanidad.

—Más de lo que ya lo hacen —respondió en un gruñido burlón, levantándose. Era mucho más grande de lo que le había parecido y su forma era más similar a un faisán, aunque seguía sin distinguirle bien entre las cenizas que cubrían todo. Se acercó a ella haciendo un gesto para señalar a su derecha—. A ver, demuestra que has aprendido de tu dolor. ¿Te parece que el fuego es necesario o es un peligro?

Chia se secó las lágrimas para conseguir tiempo para pensar.

—Es ambas cosas. No es bueno ni malo, es. A mí me hizo mucho daño, pero también me ha dado calor en invierno, me ha servido para cocinar y preparar té, he mirado los fuegos artificiales de lejos abrirse como flores en el cielo. Y aunque nunca me gustó el calor, la tierra sí lo necesita, y sus frutos sí me gustan. —Inspiró hondo, pensando de nuevo—. Creo que es bueno en cuanto a que es una fuerza de la naturaleza equilibrada con otras, y por eso cuando alguna falta o sobra ocurren los males.

El ave alzó la cabeza mirándola con gesto risueño, casi diría que con orgullo. Alzó el vuelo sacudiéndose, batiendo las alas hasta apagar momentáneamente las llamas y empujando a Chia contra el suelo. Cuando alzó la vista abrió la boca admirada. Su grácil cuerpo se alzaba enorme sobre ella, refulgiendo contra el cielo celeste como un sol. Su piel parecía de la obsidiana más oscura, cubierta de plumas iridiscentes que terminaban en tonos ocres y jaspes, fundiéndose con las llamas de sus puntas. De su cabeza y su cola salían tres largas plumas como de pavo real dorado coronadas por fuego que se mecían al compás de su batir de alas. Después de estirarse y volar a gusto bajó y agarró la tela de su uniforme con sus largas patas. A Chia ya casi no le cabía más miedo ni preocupaciones en su maltrecho cuerpo.

—Vamos a tu templo. Tienes que enseñar a quienes rezan por milagros que también tienen poder. Tienen que

mantener ese equilibrio en lugar de desbordarse sobre los demás seres vivos.

—E-espera —dijo por fin. El ave giró su largo cuello para mirarla con intensidad—. Si me llevas, la barca... Me la prestó un pescador, no tiene otra.

—Jaja, cada vez me caes mejor —dijo Suzaku continuando su vuelo hacia el norte—. Le diré a Byakko que haga una corriente favorable para ese barquito.

Al llegar al templo vio que la cola habitual era aún más larga. Todo el mundo gritó, primero de miedo y luego de júbilo al ver a la sacerdotisa con el Protector del verano. Él rechazó las ofrendas que le daban y ordenó silencio para que la pobre Chia, impresionada por tener tanto público, repitiera lo que había razonado en su viaje.

—En resumen, los espíritus protectores seguirán trabajando en armonía si los humanos hacemos lo mismo desde nuestras posibilidades —dijo para terminar, inclinando la cabeza y recibiendo vítores y alabanzas.

Mantuvo la cabeza agachada intentando que el sonrojo se le pasara, pero entonces un fuerte abrazo la sorprendió.

—Pero mira nuestra niña bonita, hecha una aventurera salvadora y sabia —dijo su maestra. Tras ella venían las demás sacerdotisas del templo aplaudiéndole— Si hasta traes los colores de Suzaku, toda colorada y cenicienta.

Eso la hizo sonrojarse aún más, mientras sus compañeras se iban turnando para abrazarla. Por último se le acercó el ave. En vez de rodearla con las alas llameantes como temía, inclinó su cabeza con respeto, impactando a todo el mundo.

—Siento haberte causado daño con mi elemento.

—Hay cosas que llevamos dentro y no podemos controlar del todo —dijo Chia devolviendo la inclinación.

—Espero que al menos ahora alcancemos el tan necesario equilibrio.

Tras eso, salió volando y recorrió la tierra, calentándola.

El próximo festival era esa noche. Chia tenía ganas de ver las linternas, esta vez quizá incluso más de cerca. Mientras, pasaría la calurosa tarde abanicándose junto a la poza, rodeada de bambú y arces y comiendo melocotones.



Ave trueno



Ilustración de Soturisi



Distribución: América del Norte.

Hábitat: Una montaña que flota en el cielo.

Alimentación: Se dice que caza ballenas utilizando sus alas para disparar rayos como flechas.

Población: 1

Reproducción: Desconocida.

Aspecto:

Luce como un ave enorme similar al halcón o el águila.

Famosa por:

Controlan la lluvia y el granizo, y se deleitan en la lucha y las hazañas de grandeza además gobiernan el mundo superior y crean tormentas con el batir de sus alas.

Ave trueno

Autor: Carlos Correia

El joven Águila Roja llevaba varios días caminando por el desierto. Tenía sed, y hambre. Las provisiones que traía hacía tiempo que se habían agotado. Pero no cejaría en su empeño. Iba a demostrarles a todos que era un hombre. No volverían a reírse de él por su cojera. No permitiría que le dejaran con las mujeres la próxima cacería.

No.

Él era tan hombre como los demás.

Y haría lo que ninguno había hecho antes en su tribu.

Cazaría al ave de trueno.

Obligaría al señor del mundo superior a curar su pierna.

Y volvería, victorioso, a su tribu.

O ese era el plan.

Pero claro, había inconvenientes. Realmente no sabía dónde vivía el ave de trueno. Nadie lo había visto. Decían los ancianos que, con las tormentas, se le veía batallar contra la serpiente por el dominio de la tierra. Pero, ¿dónde había tormentas?

Lo único que se le ocurrió fue ir a las montañas.

El problema era que para llegar allí había que atravesar el desierto.

Y Águila Roja nunca había salido de su poblado...



La noche cayó, fría. No había comido ni bebido en todo el día. A la luz de la luna, las eternas llanuras le parecían aún más siniestras que bajo el abrasador sol.

¿En qué momento le pareció buena idea?

Se sentó desvalido en el suelo, aún caliente, y rompió a llorar.

Sus lágrimas regaron la tierra, y sus lamentos se escuchaban a metros de distancia.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó de repente una voz a su lado.

Águila Roja saltó, asustado. Miró en esa dirección, pero no había nadie.

—¡Lo que me faltaba! Ya tengo alucinaciones...

—No, joven. Soy bastante real. O eso creo...

Miro hacia abajo y vio junto a sus pies a una pequeña serpiente cornuda, que siseaba mirándolo fijamente con la cabeza erguida.

Al verla, el muchacho saltó hacia atrás asustado, pues era un animal venenoso, y echó mano a su cuchillo.

—Preferiría que no intentaras atacarme, o me veré obligado a defenderme.

—¿Cómo? —preguntó confundido el joven.

—¿Cómo qué?

—¿Eres tú quien habla?

—Así es, no hay nadie más aquí.

—Pero... ¡No puede ser! ¡Eres una serpiente!

—Y tú eres un humano, pero no voy a echártelo en cara.

—¡Los animales no hablan!

—Quizás es que no prestáis atención a lo que decimos. ¿Acaso el perro no se comunica con su amo? ¿El caballo no entiende las órdenes del jinete? ¿No será, más bien, que el humano se cree tan superior que ignora a los demás?

El muchacho, confuso, volvió a sentarse. Sin darse cuenta, soltó el cuchillo y se llevó la mano a la cara.

—He cometido un error. No tenía que haber salido del poblado. Acabaré muerto en el desierto y no lograré lo que me propuse.

—¿Cuál era tu destino, muchacho?

—Buscaba al ave de trueno. Quería obligarle a que me sanara, para poder volver a casa y demostrarles a todos que soy un hombre.

—¿Es menos hombre aquel que cuida de su familia?

—¡Si no puedo defender a mi tribu, no valgo para nada!

—Entonces la valía de vuestra especie se mide en la capacidad de infringir daño a otros. Y os creéis los seres superiores...

El muchacho, irritado, se puso en pie.

—¡No consiento que me hables así!

La serpiente rió, mostrando sus colmillos.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a matarme, como es costumbre en tu especie?

Águila Roja calló. Un tenso silencio llenó la noche. La serpiente volvió a reír.

—Tranquilízate, muchacho. No podrías hacerme daño. Pero puedo ayudarte.

Confuso, el joven no supo qué contestar.

—Buscas al ave de trueno —continuó la serpiente—. Has de saber que ese pájaro y yo somos viejos conocidos. Vive en lo alto de la montaña. No creo que sobrevivieras al viaje a través del desierto. Has venido poco preparado, y mañana en la mañana estarás muerto.

El muchacho, boquiabierto, intentó farfullar una queja, pero la serpiente continuó.

—Te ofrezco un trato. Te llevaré en mi lomo hasta la ladera de la montaña mientras descansas. Al amanecer, estarás allí, junto a un pequeño arroyuelo en el que podrás refrescarte y comer.

—¿Cómo vas a llevarme —preguntó el joven—, si no eres más que una pequeña serpiente?

Contestando a su pregunta, la serpiente comenzó a crecer, hasta alcanzar varios metros de longitud. El muchacho, aterrorizado, reculó, alejándose de ella.

— Siempre hay más en todo de lo que se ve a simple vista. Águila Roja tropezó y cayó al suelo.

— ¡No me devores, por favor! — suplicó.

— ¿No acabo de ofrecerte a llevarte a tu destino? No temas, pues no te comeré. Te repito, me ofrezco a llevarte, con una condición. Cuando estés con el ave, arráncale una de sus plumas y dámela. Es el pago que pido.

El muchacho sopesó el ofrecimiento brevemente. Una pluma por su vida parecía un trato muy ventajoso.

— Acepto... si logro llegar al ave, os conseguiré una de sus plumas.

— Estupendo. Ahora, sube a mi espalda y agárrate con fuerza.

Con cautela, el muchacho rodeó al animal y se alzó sobre su lomo. Una vez sujeto, la serpiente comenzó a reptar hacia las montañas. El vaivén y el cansancio hicieron mella en él, y un profundo sopor le sumió en los brazos de Mani...



Águila Roja despertó con la primera luz del alba. El sonido del agua de un arroyo le hizo salivar. Se incorporó. No había ni rastro de la serpiente. ¿Habría sido todo un sueño? ¿Una alucinación? Entonces, ¿cómo había llegado a la falda de la montaña?

El rugido de su estómago le sacó de su ensoñación. Vio unos arbustos con unas bayas y se abalanzó sobre ellas. Tuvo que contenerse para no comer muchas, y guardar en su zurrón para después. Tampoco era cuestión de vomitarlas dentro de un rato por no haber podido controlarse...

Deambuló por la zona. Era tal y como se la había descrito la serpiente. Vió un pequeño sendero que ascendía, y se encaminó hacia él. El camino se empinaba poco a poco, y al cabo de un par de horas, la vegetación fue escaseando. Pese

a lo escarpada de la ruta que seguía, se sentía descansado y animado. Veía cerca su objetivo.

A medida que ascendía, el camino se volvía más agresivo, y el tiempo empeoraba. La cima no era visible, cubierta de nubes. Recordó que decía que el ave de trueno era el señor de las tormentas, y por un momento temió que el animal, si se veía acorralado, descargase sobre él la furia de los cielos.

Cada vez era más difícil ver por dónde pisaba. Cogió una rama seca, y sacó pedernal de su zurrón. Se fabricó una antorcha y prosiguió su camino, siempre ascendiendo.



Le parecía que llevaba días subiendo, aunque en su mente sabía que no podía ser así. Avanzaba por un angosto sendero, pegado al lateral de la montaña, en el que apenas se podía poner un pie junto al otro. De repente, un relámpago iluminó la noche, y las nubes comenzaron a descargar con fuerza. La antorcha se apagó, y Águila Roja se detuvo. Era peligroso avanzar en la oscuridad. Un nuevo relámpago le dejó ver una oquedad en la pared. Parecía una cueva. Aprovechando las descargas, logró llegar hasta ella y entró en su interior, con cautela, no fuera a ser la guarida de algún animal salvaje. Estaba deshabitada. Se sentó en su duro suelo, e intentó encender de nuevo la antorcha. Fue misión imposible, al estar totalmente empapada. Se quitó la ropa para que la humedad no hiciera mella en su cuerpo y se secó como pudo con ella.

A la luz de los relámpagos, inspeccionó el lugar. Era pequeño, pero al menos estaba seco. En el fondo había restos de paja, que aprovechó para terminar de secar su cuerpo y su ropa. Se tumbó sobre la paja y decidió descansar hasta que amainara...

— ¡Muchacho! ¡Despertad!

Águila Roja abrió los ojos. Frente a él estaba un ave majestuosa, que tapaba la entrada de la cueva en la que se hallaba refugiado. De un salto, se incorporó y, echando mano a su cuchillo, se refugió contra la pared de piedra.

— Soltad ese arma, no querría haceros daño. ¿Qué hacéis en mi nido?

El chico echó un vistazo. Con la luz del día vio que, en efecto, la paja sobre la que se había quedado dormido era un nido gigantesco.

— Me refugié por la tormenta de anoche. No quería molestaros.

El águila movió las alas. De entre su plumaje surgieron pequeñas descargas eléctricas

— No me gusta que los extraños merodeen por mis dominios. Pues soy el señor de los cielos, y no tolero esas actitudes.

— ¿Vos sois el Ave de Trueno?

— ¿No es acaso evidente con solo verme?

El joven indio no podía creer la suerte que había tenido. Había logrado encontrar su objetivo, y ahora...

— La tormenta ha amainado. Abandonad presto mis dominios. Os garantizo que el tiempo os acompañará — dijo el majestuoso animal, dándose la vuelta para salir de la cueva.

— ¡Esperad! — gritó desesperado el muchacho, tendiendo la mano para frenar al águila. Ésta, al sentirlo, descargó una corriente eléctrica que lo arrojó contra la pared.

— ¡Osáis alzar la mano contra mí! — gritó, enojado.

— No — respondió, aún castañeándole los dientes de la electricidad —. No era mi intención. Sólo quería...

— Hablad de una vez. No tengo tiempo que perder. Noto que la serpiente vuelve a intentar entrar en mis dominios.

— Yo... Me llamo Águila Roja. Como veis, estoy lisiado, pues mi pierna falla. Por eso emprendí este viaje. Quería pedir os ayuda.

El ave lo miró de arriba a abajo, en silencio. El muchacho continuó.

—He oído hablar que sois el ser más poderoso de la creación, y quería... quería rogaros que me curarais, para poder ser útil a mi tribu.

Se hizo un breve y tenso silencio. Águila Roja se inclinó, como si esperara un veredicto. Si bien había planeado desde el principio obligar al ave de trueno a curarlo, tras la demostración de poder que acababa de ver no creía que fuera posible.

—Si tal hecho estuviera en mi mano, ¿qué ganaría yo a cambio? —le espetó el animal.

—Os estaré en deuda toda mi vida.

—Pobre muchacho. ¿Acaso vuestra tara os impide caminar? ¿No habéis recorrido un largo desierto y escalado una gran montaña? Os aseguro que la gran mayoría de hombres no hubiera podido hacerlo. Decís que queréis ser útil a vuestra tribu. ¿Guerreando? ¿Cazando? ¿Acaso vuestro pueblo no necesita shamanes? ¿O alguien que los lidere en estos tiempos de zozobra que se avecinan?

—¿Cómo voy a ser yo quien los lidere, si no puedo mantenerme a caballo sin caerme o retrasar la marcha?

—Joven Águila Roja... hijo de Búfalo Negro, hijo de Lobo Gris. Sé quién sois. Pues soy el señor de los cielos, y todo lo veo. El temor que os atenaza está más en vos que en los demás. Volved a casa, y pensad en lo que habéis hecho.

El muchacho se quedó petrificado.

—Es lo mismo que me dijo la serpiente cornuda —susurró en voz baja.

El ave rió.

—Sé de vuestros tratos con mi antiguo enemigo, muchacho. Trato que aceptasteis sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué importancia tendría que cayera una pluma vuestra en su poder? —respondió el chico, sonrojándose.

— Preguntad al shaman de vuestra tribu qué se puede hacer con una pluma, o un mechón de cabellos, o una uña. Os sorprenderá.

El joven quedó pensativo. ¿Cómo podría ahora atravesar el desierto?

El ave, entendiendo sus cavilaciones, continuó hablando.

— Os ofrezco un trato. Os llevaré a vuestra tribu, o cerca de ella, si me prometéis pensar en lo que os he dicho.

— ¿Por qué me ayudáis? ¿Qué ganáis a cambio?

— Me recordáis a alguien, más joven e irreflexivo, que conocí una vez. Preguntad a vuestro padre.

El joven quedó sorprendido, sin poder responder.

— ¿Acaso creéis que sois el primero en llegar aquí, joven? La vida se repite, generación tras generación.

Águila Roja dudó, pero aceptó el trato. Cerró los ojos y asintió con la cabeza.

— Subid a mi lomo, Águila Roja. Y recordad mis enseñanzas. Pues eso es lo que os lleváis de cada viaje que emprendáis. La vida es aprender. De los errores y los aciertos. Y seguir adelante.

Despertó a pocas millas de su hogar. Cuando llegó, se sorprendió al saber que sólo había pasado una noche desde que lo abandonó. ¿Acaso todo había sido un sueño?

Con los días, se atrevió a preguntar a su padre, que, si bien no le respondió, sonrió cómplice, como aquel que comparte un secreto con alguien que sólo ellos conocen.

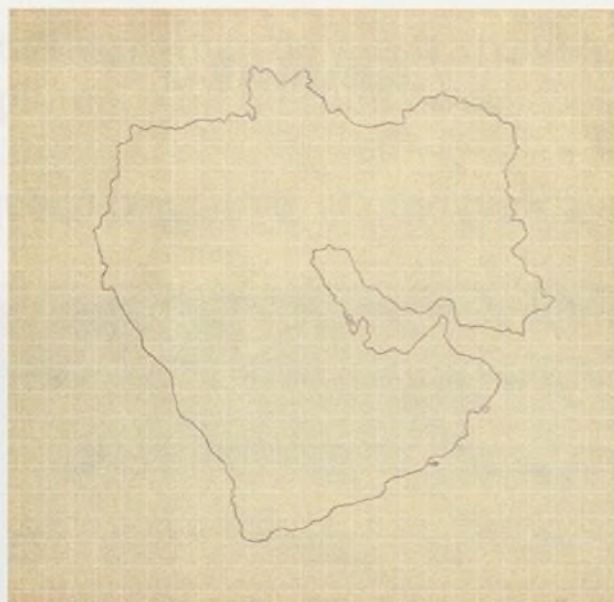
Y desde entonces, Águila Roja no dejó que su pierna fuera un impedimento. Se alojó junto al shaman, del que aprendió, y con el tiempo le sustituyó. Tuvo una vida larga y feliz, y sus hijos lideraron la tribu cuando los hombres de más allá del gran mar llegaron a sus tierras.

Y, desde lo alto de la montaña, el ave de trueno sonrió, complacido, de que su pueblo prosperara.

Lammasu



Ilustración de Cano



Distribución: En la región de la antigua Mesopotamia.

Hábitat: En la entrada de las ciudades, templos o casas, como ente protector.

Alimentación: Desconocida.

Población: Desconocida.

Reproducción: Desconocida.

Aspecto:

Cabeza humana, cuerpo de buey o león, y alas de pájaro. En algunas versiones es una deidad femenina.

Famosa por:

Su función principal es guardar las entradas, su asociación con la diosa Lama (entidad mediadora de los dioses) le da un factor de pacifista.

Guardianes de las puertas

Autor: L. G. Morgan

Aquel día había amanecido nublado, con el sol oculto por las partículas de polvo en suspensión que flotaban en el ambiente desde dos días atrás. No era como una de esas tormentas de arena que de tanto en tanto los sorprendían a traición, cuando el viento ardiente del Sur soplaba sobre los llanos de Araba. Tan solo minúsculas y brillantes motas, aparecidas de repente, que borraban los senderos invisibles del desierto y extraviaban a los caminantes. Como si los hados no quisieran que Azorah y su padre pudieran recorrer aquel camino aciago que sellaría el destino de la muchacha para siempre.

Sin embargo, la ambición del señor de la lana, Esh-er, el propietario más rico de cuantos apacentaban ganados en aquel trozo del creciente fértil, lo haría desoír cualquier señal. Desafiaría a los elementos —y a la propia Diosa si fuera necesario, como había jurado entre dientes— con tal de cumplir su propósito.

Azorah era la primera de sus hijas, la tercera de sus vástagos, tal vez la muchacha más bella e inteligente de los contornos; una joya en verdad digna para ser entregada en sacrificio, honrando así al Dios de la Guerra.

El don de su hija, heredera del legado de su madre, la dama Ina, daría a su padre el prestigio necesario para ser admitido por fin en el Gremio de laneros de Akha. Una institución de renombre que le había negado sus puertas por ser él hijo del desierto, nacido en una ciudad conquistada tiempo atrás y a la sazón dependiente y tributaria de los designios de La Mano del rey-dios Uluru.

A Esh-er aún le escocía la última conversación mantenida con el maestro del Gremio, apenas una luna atrás. Y aunque no era esa la primera vez que intentaba sin éxito ser admitido entre las filas de los acaudalados propietarios de ovejas, sí había resultado decisiva en cuanto a sus planes para con Azorah.

—Mira, Esh-er, te lo diré una última vez, que no nos sobra el tiempo a ninguno de los dos. Nunca, y repito, nunca, serás uno de nosotros. Pues si bien eres un hombre rico, de eso no hay duda, sigues siendo un extranjero que no ha dejado sangre en esta tierra ni ha entregado don alguno a la gloria de nuestros dioses.

—¡Pero doy una fortuna al templo cada año! —protestó, indignado, Esh-er.

—¡Dinero! —escupió con desprecio el maestro—. Que heredaste en gran parte de tu suegro.

—Y que yo he quintuplicado.

—Cierto, nadie niega que tengas buena mano para el comercio. Ni que seas un hombre trabajador. ¿Justo...? Esa es otra historia. En cualquier caso, los denarios no compran la dignidad. Todos nosotros procedemos de familias que han dado hijos y nietos a la guerra y la grandeza del imperio. Tú, en cambio, descienes de un pueblo de ladrones de la arena, cobardes que han escapado siempre de las obligaciones del ejército...

—¡Eso no te lo consiento! —bramó Esh-er, echando mano de su daga. Sin embargo, recuperando su cordura en un instante, renunció a cualquier conato de agresión. Los guardias del Gremio estaban a dos pasos, bien entrenados para acabar con cualquier amenaza.

—Bien, admito que nadie elige quiénes son sus padres —se aplacó algo el Maestro, recompensando la contención del otro—. Pero eso no cambia los hechos. No perteneces a nuestro pueblo, no del todo. Y no eres digno del Gremio.

Esh-er tuvo entonces una inspiración repentina:

—Pero y si... ¿Y si entregara a la Tierra un don preciado, de sangre y carne propia? y también de estas arenas y estas aguas. El fruto de mi unión con la dama Ina.

—¿Cómo, estás hablando de uno de tus hijos?

—No. Estoy hablando de una de mis «hijas», la primera, la que lleva el linaje de su madre y de la madre de su madre, tan hijas todas de Dur-Shurrakin como cualquiera de vuestras madres y hermanas.

El silencio del Maestro dio buena cuenta de su estupefacción. Cuando fue capaz de articular palabra, preguntó, con un hilo de voz:

—¿Serías capaz de entregar algo así? ¿Dejarás a tus nietos sin la herencia de su nombre?

—Tengo más hijas. Bien sabes que cuando muere la primera, la herencia de su madre pasa a las siguientes, si las hubiera. Ese es mi caso —afirmó, ufano—. Pero... —añadió apresuradamente, recordando a tiempo la mayor baza de su negociación y mudando su expresión en una honda tristeza—, a pesar de ello... Lo he dicho sin pensar. Realmente no sé si podría hacerlo.

Buscó apoyo en el banco de piedra que tenía a su lado y, gimiendo de pesadumbre, continuó hablando:

—En verdad mi hija Azorah es una joya digna de cualquier corona. La riqueza mayor de cualquier padre, el orgullo de su madre, que la ha educado desde niña para recibir su honor y su carga. —Hizo una pausa y, mirando fijamente a los ojos del Maestro, declaró—: Solo podría desprenderme de ella con el mayor dolor que haya podido imaginar un hombre. Pero lo haré, si a los dioses de la guerra así les place, porque tras tus palabras he comprendido que todos estamos obligados a hacer los más grandes sacrificios por nuestra tierra y nuestro rey. Y el sacrificio de un bien tan preciado como el mío solo puede ser agradecido por los dioses con grandes victorias para el rey-dios y para su pueblo.

—Si es así, Esh-er, bien podrías considerarte tan hijo de Uruk como yo mismo. Habrías derramado tu sangre, con más arrojo y pesar que el más bravo de los guerreros que cayeron en la arena por el pueblo.

Esh-er lo tuvo claro. En el viaje de vuelta a su hacienda fue madurando su plan e ideando la manera de convencer a la dama Ina del gran honor que supondría entregar a su hija más amada al sacrificio del Dios de la Guerra. Obtendrían la aprobación del Gremio y serían encumbrados a la posición social a la que siempre habían aspirado su suegro, ya muerto, y él mismo.

Por eso en ese aciago día, en el que los negros presagios discutían contra la razón, Azorah y su padre se encaminaban hacia las imponentes murallas de la ciudad; ella, aturrida por el bebedizo de hierbas que le habían obligado a beber, dentro de un carro engalanado; y él montado en un caballo aparejado para la guerra.

Azorah, ajena a la realidad, con sus sentidos adormecidos y su mente nublada por la droga, se bamboleaba dentro del oscuro vehículo, azotada por náuseas de puro terror. Era irónico, antes el matrimonio le había parecido un futuro oscuro y denigrante. Ahora lo elegiría sin dudar, antes que la muerte que le aguardaba al pie del templo del Dios. Pero no estaba en su mano tomar esa decisión y solo quedaba resignarse a su destino.

La fanfarria que acompañaba la comitiva se hizo aún más estridente y los esclavos entonaron cánticos de guerra y honor. Debían de estar ya a menos de cien gures de las murallas. Un súbito mareo se apoderó de Azorah, haciéndola recostar en la penumbra del interior del carro. Se quedó ciega. Gritó de terror, pero de sus labios no brotó sonido alguno. La oscuridad de sus ojos se inundó de visiones terroríficas. Sangre y fuego, rostros de demonios desencajados por la maldad, cuerpos calcinados que seguían moviéndose, acercándose a

ella, tratando de alcanzarla, tocarla, devorarla... Comprendió que era la Muerte dándole la bienvenida a su Reino, su padre la entregaba al Dios de la guerra, pero sería Ella, la devoradora de carne y huesos quien la desposaría en realidad. Incluso Enlil se inclina hacia su aterradora hermana, ¿cómo un Dios menor se atrevería a disputarle un regalo apetecido?

Necesitaba aire. Venciendo la postración que intentaba vencerla, guiándose por el tacto, alcanzó la cortina que cerraba el carro y volvió el rostro hacia afuera. La luz se hizo en sus ojos, para mostrarle un prodigio que le arrebató el aliento.

La comitiva se detuvo un instante, como si la admiración hubiera frenado a hombres y animales, obligándolos a un reverente silencio, y necesitaran comprobar con sus ojos que era real la magnificencia de Agadé, la blanca.

Dos inmensos lamassus custodiaban la puerta monumental por la que entraba en la ciudad el camino noble. A ambos lados, cubiertos de pintura azul y dorada, se proyectaban los muros hasta donde alcanzaba la vista. Tan altos, que ningún ingenio permitía escalarlos. Tan fuertes, que ningún ejército había logrado hacer mella en ellos.

Esh-er, su padre, mandó reanudar el paso. La fanfarria volvió a hacer sonar su metálico lamento y hombres y animales obedecieron la orden. Azorah clavó su mirada en la puerta azul, tachonada de estrellas de oro y plata, lamentándose por su inevitable y trágico final.

De pronto, tan rápido y fulminante como un relámpago, estalló un pensamiento en su cabeza. Un pensamiento que no era suyo, de eso estaba segura. «Muéstrate, mujer. Sal de ese carro indigno y camina orgullosa, como la primera de mis Hijas». No tenía sentido, y sin embargo, Azorah no pudo resistirse al imperativo. Descorrió la cortina con tal fuerza que estuvo a punto de arrancarla de sus anclajes. Sin esperar a que el lento vehículo pensara siquiera en detenerse, bajó a tierra, sintiéndose ligera como un soplo de viento.

Nada más poner los pies en la tierra la caravana se vio sacudida por un brusco movimiento de la tierra. Y un sonido que parecía el retumbar de cientos de truenos estalló en sus oídos. Los hombres gritaron. Y uno tras otro empezaron a señalar al frente.

Una mano de gigante sacudió la fortaleza como si fuera de juguete. El lienzo de la muralla osciló y se agrietó. Y los dos inmensos lamassus que la guardaban se sacudieron de sus cimientos y pugnaron por escapar de su prisión. Nadie podía creerlo. Los toros alados habían cobrado vida. Culebrillas de energía surcaron sus pieles de piedra. Las alas se fueron desplegando muy poco a poco y de sus bocas escaparon mugidos furiosos. Esh-er y sus hombres se taparon los oídos y cayeron al suelo. Más no Azorah. Ella, tocada de una fuerza misteriosa que procedía de algún lugar subterráneo, caminó erguida y segura hacia la muralla, a tan solo unos sush de donde se habían detenido.

— ¡Loca! — clamó su padre—. No vayas. ¿Es que no ves lo que está pasando? Te pisotearán.

Azorah siguió andando impertérrita, sin dignarse a mirarlo. Su padre intentó levantarse para seguirla. Dio dos o tres pasos, alargó la mano hacia ella... Y con ese gesto desencadenó su propia ruina.

Uno de los lamassu se despegó por fin de su tumba de piedra y emprendió el vuelo. Planeó sobre ellos desde mucha altura, en círculos, como si quisiera tomarles la medida. Luego, obedeciendo alguna orden que solo él conocía, cargó contra la caravana, pisoteando hombres, carros y monturas. Algunos esclavos lograron huir, despavoridos. Otros cayeron bajo la embestida. Solo quedaron en pie los dos mercenarios que su padre empleaba, y él mismo, aterrado y vencido bajo la sombra alada.

El otro lamassu siguió a su gemelo a corta distancia. Pero en vez de volar en círculos, picó directamente a tierra, posán-

dose en esta con una suavidad imposible, junto a la muchacha inmóvil, como en trance. El lamassu humilló su regia cabeza ante ella y Azorah vio descender una escala trenzada desde su lomo. Trepó por ella, admirándose de su propio valor. El lamassu remontó el vuelo y la elevó sobre la tierra parda, girando en espiral en medio de la neblina hasta llegar a su destino, un espacio luminoso que no pertenecía a este mundo.

Allí la aguardaba la mujer más poderosa e imponente que Azorah hubiera podido siquiera imaginar. Su majestad recordaba a la de una diosa.

—Hija mía, no temas —dijo la mujer, con una voz cálida y tan profunda como el latido de la Tierra—, han acabado tus penas, estás en casa. Serás destinada a guardar mi templo y a mis fieles, como suma sacerdotisa de la Madre. Te colmaré de bendiciones hasta hacerte la más poderosa de mis hijas. Solo te pido algo a cambio: que tu morada sea para siempre la Casa del Laberinto. Podrás tomar los hombres que desees, y engendrar los hijos que te plazcan. Pero una de tus hijas deberá sucederte como guardiana de mis misterios. Y así hará la hija de esa hija, y la hija de esa hija hasta el fin de los tiempos. ¿Aceptas ese destino?

Azorah no tuvo que pensarlo un instante. Tras haber esperado la Muerte, y antes de ello, la obligación de unir su vida a la del hombre elegido por sus padres, la oferta de la Madre era un regalo del cielo para ella.

—Acepto, Madre. No podría imaginar una vida mejor.

—Así sea, pues. El protector de las Puertas te conducirá a mi Casa. Vuela, fiel lamassu, hasta dejar tu preciada carga en el templo. Y ahora, solo queda que me ocupe de tu padre y su blasfemo propósito.

Azorah partió a lomos del sagrado toro y la Diosa volvió sus ojos a la tierra. Un petrificado Esh-er trataba de escapar, sin entender por qué ni él ni sus hombres podían dar un solo paso a pesar de no existir ataduras.

Una sombra inmensa batió el aire, disipando la calima como si nunca hubiera existido. Sobre ellos descendió la majestuosa figura de la Diosa, a lomos del primero de los toros. Era tanta su grandiosidad, y la luz que desprendía, que los tres hombres cayeron al suelo, postrándose en completa sumisión. Una voz atronadora les hizo levantar la vista, hipnotizados por los ecos de algo que tenían grabado en el alma.

—Indigno Esh-er —dijo la voz—, soberbio mortal que osa arrebatarme a una de mis hijas. ¿Quién eres tú para disponer de ella? ¿Quién para venderla al dios de la Guerra a cambio del honor que ansías? Ella debía ser la continuadora del linaje de su madre, no un bien tuyo para intercambiar por honores. ¡Ponte en pie! —clamó. Y Esh-er se vio obligado a obedecer, aunque temblaba como una hoja en el viento—. Como has deseado encumbrarte por encima de tus semejantes, a costa de todo, yo te concederé mi gracia para que alcances tu premio.

—No, por favor. No, Madre... No... —suplicó Esh-er, imaginando el castigo de la Diosa. Pero fue en vano.

La Madre alargó su mano y el aire mismo se plegó a su mandato. Esh-er fue elevado en volandas como si una mano invisible lo sostuviera. Subió y subió hasta tener una visión de toda la ciudad, de la Puerta derruida, de las gentes acudiendo en tropel a la muralla, los animales mugiendo y cacoleando en los establos, las aguas del río teñidas del color de la sangre, los fuegos de los templos llenando el cielo de nubes negras... Contempló por última vez la Casa del comercio, sabiendo que nunca había sido, ni nunca sería, uno de ellos. Y antes de poder arrepentirse, el terror se apoderó de su cuerpo y su mente, nublándolo todo, porque sabía cuál sería el siguiente paso.

La mano que lo sostenía se retiró de golpe y Esh-er se precipitó cientos de sush abajo, hasta estrellarse en el suelo. La voz de la Diosa volvió a atronar el aire.

—Y vosotros dos —dijo a los mercenarios—, id y contadles a las gentes lo que habéis visto. Para que nadie vuelva a olvidar que hasta el Dios de la Guerra se inclina ante la voluntad de su Madre. Id, hijos indignos, pues escapáis de la Muerte para que hasta el fin de vuestros días deis testimonio fiel de mi Grandeza.

Firmas de los (no tan) expertos ornitólogos

Hilda Jazmín

Juan Sánchez

Pedro de Matos

Carmen Lunnely

Paula Edith

Juan Álvarez

César López Eireos

Esther Gar.

Kaliparvati

Soturisi

Javier Blancas

Faye

Pablo Rodríguez

Daniela



Cano

Carlos Correia

Albert Sarlé

L.G. Morgan

Josema Beza

Paula Yagüez

Mireia de No Honrubia

Fran Valle Brozas

Héctor Nollega

Hugo Torres

AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401282545



El Atlas de ornitología fantástica es una recopilación de las leyendas de aves mitológicas más grandiosas de todo el mundo que nuestro experimentado equipo de ornitólogos ha logrado clasificar.

Recolectando relatos e ilustraciones de cada especie hemos creado este atlas para guiar a quien lo tenga en sus manos.

El equipo de ornitología fantástica de NEUH os da la bienvenida a este maravilloso libro, único en su especie.